

George Orwell

**LA BOMBA ATÓMICA Y TÚ
ARTÍCULOS PARA DESPUÉS
DE UNA GUERRA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 580

GEORGE ORWELL

LA BOMBA ATÓMICA Y TÚ

ARTÍCULOS PARA DESPUÉS DE UNA GUERRA

Artículos seleccionados y traducidos a partir de:
George Orwell: *In front of Your Nose 1945-1950*
Edited by Sonia Orwell and Ian Angus
London 1968

<https://orwelllibrary.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/08/orwell-george-collected-essays-journalism-letters-vol-4-1945-1950-secker-warburg-19681.pdf>

CLÁSICOS DE HISTORIA 580

ÍNDICE

La venganza es amarga. <i>Tribune</i> , 9 de noviembre de 1945.....	4
La Bomba Atómica y tú. <i>Tribune</i> , 19 de octubre de 1945.....	7
¿Qué es la Ciencia? <i>Tribune</i> , 26 de octubre de 1945.....	10
Reseña de <i>Tambores bajo las ventanas</i> de Sean O'Casey. <i>Observer</i> , 28 de octubre de 1945.....	13
Gradualismo Catastrófico. <i>CW Review</i> , noviembre de 1945.....	15
Buenos malos libros. <i>Tribune</i> , 2 de noviembre de 1945.....	18
Introducción a <i>Love of Life and Other Stories</i> de Jack London. Noviembre de 1945.....	21
Carta sobre la <i>League for European Freedom</i> . 15 de noviembre de 1945.....	26
A través de un cristal de color de rosa. <i>Tribune</i> , 23 de noviembre de 1945.....	27
Libertad en Hyde Park. <i>Tribune</i> , 7 de diciembre de 1945.....	30
El espíritu deportivo. <i>Tribune</i> , 14 de diciembre de 1945.....	33
Reseña de <i>Nosotros</i> , de E. I. Zamiatin. <i>Tribune</i> , 4 de enero de 1946.....	36
La política del hambre. <i>Tribune</i> , 18 de enero de 1946.....	39
Editorial de <i>Polemic</i> . <i>Polemic</i> , núm. 3, mayo de 1946.....	42
Hacia la Unidad Europea. <i>Partisan Review</i> , julio-agosto de 1947.....	46
En defensa del camarada Zilliacus. Octubre 1947.....	50
Reseña de <i>El alma del hombre bajo el socialismo</i> , de Oscar Wilde. <i>Observer</i> , 9 de mayo de 1948.....	54
The Freedom Defence Committee. <i>Socialist Leader</i> , 18 de septiembre de 1948.....	56
Reseña de <i>Retrato del antisemita</i> , de Jean-Paul Sartre. <i>Observer</i> , 7 de noviembre de 1948.....	57
Reseña de <i>Their Finest Hour</i> , de Winston S. Churchill. <i>New Leader</i> , 14 de mayo de 1949.....	59

La venganza es amarga.

Tribune, 9 de noviembre de 1945

Cada vez que leo frases como «juicios a los culpables de guerra», «castigo a los criminales de guerra», etc., me viene a la mente el recuerdo de algo que vi en un campo de prisioneros de guerra en el sur de Alemania, a principios de este año.

Otro corresponsal y yo estábamos recorriendo el campo acompañados por un joven judío vienés que se había alistado en la rama del ejército estadounidense encargada del interrogatorio de prisioneros. Era un joven despierto, rubio y bastante apuesto, de unos veinticinco años, y políticamente mucho más informado que el oficial estadounidense promedio, por lo que fue un placer estar con él. El campo estaba en un aeródromo y, después de recorrer los calabozos, nuestro guía nos condujo a un hangar donde varios prisioneros, pertenecientes a una categoría diferente a la de los demás, estaban siendo «examinados».

En un extremo del hangar, una docena de hombres yacían en fila sobre el suelo de cemento. Según explicaron, se trataba de oficiales de las SS que habían sido separados del resto de los prisioneros. Entre ellos había un hombre con ropa de civil sucia que yacía con el brazo cruzado sobre la cara, aparentemente dormido. Tenía los pies extrañamente y horriblemente deformados. Ambos eran bastante simétricos, pero estaban abombados en una forma globular extraordinaria que los hacía más parecidos a la pezuña de un caballo que a la de un humano. Al acercarnos al grupo, el pequeño judío pareció estar exaltarse.

«¡Ese sí que es un cerdo!», dijo, y de repente, con su pesada bota militar, le propinó una patada terrible al hombre tendido en el suelo, justo en la protuberancia de uno de sus pies deformados. «¡Levántate, cerdo!», gritó cuando el hombre se despertó sobresaltado, y luego repitió algo parecido en alemán.

El prisionero se puso de pie a duras penas y se mantuvo firme con torpeza. Con el mismo aire de furia —de hecho, casi bailaba— el judío nos contó la historia del prisionero. Era un nazi «de verdad»: su número de afiliación indicaba que había sido miembro desde los primeros tiempos y que había ocupado un cargo equivalente al de general en la rama política de las SS. Se podía dar por sentado que había estado al mando de campos de concentración y que había presidido torturas y ahorcamientos. En resumen, representaba todo aquello contra lo que habíamos luchado durante los últimos cinco años.

Mientras tanto, yo observaba su aspecto. Aparte del aspecto desaliñado, desnutrido y sin afeitar que suele tener un hombre recién capturado, era un espécimen repugnante. Pero no parecía brutal ni aterrador: simplemente neurótico y, en cierto modo, intelectual. Sus ojos pálidos y esquivos estaban deformados por unas gafas potentes. Podría haber sido un clérigo excomulgado, un actor arruinado por la bebida o un médium. He visto a gente muy parecida en pensiones comunes de Londres y también en la sala de lectura del Museo Británico. Era evidente que estaba mentalmente desequilibrado; de hecho, dudosamente cuerdo, aunque en ese momento lo suficientemente lúcido como para temer recibir otra patada. Y sin embargo, todo lo que el judío me contaba de su historia podía ser cierto, ¡y probablemente lo era! Así, el torturador nazi de la imaginación, la monstruosa figura contra la que había luchado durante tantos años, se redujo a este miserable, cuya necesidad evidente no era el castigo, sino algún tipo de tratamiento psicológico.

Más tarde, hubo nuevas humillaciones. A otro oficial de las SS, un hombre grande y fornido, se le ordenó desnudarse de cintura para arriba y mostrar el número de su grupo sanguíneo tatuado en la axila; a otro lo obligaron a explicarnos cómo había mentido sobre ser miembro de las SS e haber intentado hacerse pasar por un soldado raso de la Wehrmacht. Me pregunté si el judío estaba disfrutando realmente del reciente poder que estaba ejerciendo. Llegué a la conclusión de que en realidad no lo estaba disfrutando, y que simplemente —como un hombre en un burdel, un niño fumando su primer cigarro o un turista paseando por una galería de arte— se convencía a sí mismo de que lo disfrutaba y se comportaba como había planeado hacerlo en los días de su indefensión.

Es absurdo culpar a cualquier judío alemán o austríaco por vengarse de los nazis. Dios sabe cuántas cuentas pendientes tuvo que saldar este hombre; muy probablemente toda su familia fue asesinada; y, después de todo, incluso una patada a un prisionero es insignificante comparada con las atrocidades cometidas por el régimen de Hitler. Pero lo que esta escena, y muchas otras cosas que vi en Alemania, me hizo comprender, fue que la idea de venganza y castigo es una fantasía infantil. En realidad, no existe la venganza. La venganza es un acto que se desea cometer cuando uno se siente impotente y precisamente por eso: en cuanto desaparece la sensación de impotencia, el deseo también se desvanece.

¿Quién no se habría gozado, en 1940, al soñar con ver a los oficiales de las SS pateados y humillados? Pero cuando esto se hace posible, resulta simplemente patético y repugnante. Se dice que, cuando el cadáver de Mussolini fue exhibido en público, una anciana sacó un revólver y disparó cinco veces contra él, exclamando: «¡Estos disparos son por mis cinco hijos!» Es el tipo de historia que inventan los periódicos, pero podría ser cierta. Me pregunto cuánta satisfacción obtuvo de esos cinco disparos, que, sin duda, había soñado con realizar años antes. La condición para que pudiera acercarse lo suficiente a Mussolini como para dispararle era que estuviera muerto.

La razón por la que la gran mayoría de la población de este país es responsable del monstruoso acuerdo de paz que ahora se está imponiendo a Alemania, es porque no ha comprendido de antemano que castigar a un enemigo no produce ninguna satisfacción. Consentimos crímenes como la expulsión de todos los alemanes de Prusia Oriental —crímenes que en algunos casos no pudimos evitar, pero contra los que al menos podríamos haber protestado— porque los alemanes nos habían enfurecido y atemorizado, y por lo tanto estábamos seguros de que, cuando cayeran, no sentiríamos compasión por ellos. Persistimos en estas políticas, o permitimos que otros persistan en ellas en nuestro nombre, por la vaga sensación de que, habiendo decidido castigar a Alemania, debemos hacerlo. En realidad, queda poco odio agudo hacia Alemania en este país, y aún menos, cabe esperar, en el ejército de ocupación. Solo una minoría de sádicos, que han de cometer sus «atrocidades» de una u otra manera, muestran un gran interés en la persecución de criminales de guerra y traidores. Si le preguntas al ciudadano común de qué crimen se acusará a Goering, Ribbentrop y los demás en su juicio, no sabrá responderte. De alguna manera, el castigo de estos monstruos deja de parecer atractivo cuando se vuelve posible: de hecho, una vez bajo llave, casi dejan de ser monstruos.

Desafortunadamente, a menudo se necesita algún incidente concreto para descubrir el verdadero estado de los propios sentimientos. He aquí otro recuerdo de Alemania. Pocas horas después de la captura de Stuttgart por el ejército francés, un periodista belga y yo entramos en la ciudad, que aún se encontraba en cierto desorden. El belga había estado transmitiendo durante toda la guerra para el Servicio Europeo de la BBC y, como casi todos franceses o belgas, tenía una actitud mucho más dura hacia los alemanes que la que tendría un inglés o un norteamericano. Todos los puentes principales que daban acceso a la ciudad habían sido volados, y tuvimos que entrar por una pequeña pasarela que los alemanes, evidentemente, habían intentado defender. Un soldado alemán muerto yacía boca arriba al pie de las escaleras. Su rostro tenía un color amarillo ceroso. Sobre su pecho, alguien había colocado un ramo de lilas que florecían por todas partes.

El belga apartó la mirada al pasar. Cuando ya habíamos cruzado el puente, me confió que era la primera vez que veía a un muerto. Supongo que tendría treinta y cinco años y que llevaba cuatro haciendo propaganda de guerra por la radio. Durante varios días después, su actitud fue muy diferente a la que había tenido antes. Observó con repugnancia la ciudad devastada por las bombas y las humillaciones que sufrían los alemanes, e incluso en una ocasión intervino para evitar un saqueo particularmente grave. Al marcharse, les dio el café que habíamos traído a los alemanes que nos alojaban. Una semana antes, probablemente se habría escandalizado ante la idea de darle café a un alemán. Pero, según me contó, sus sentimientos cambiaron al ver a aquel pobre muerto junto al puente: de repente, le hizo comprender el verdadero significado de la guerra. Sin embargo, si hubiéramos entrado en la ciudad por otra ruta, tal vez se habría ahorrado la experiencia de ver siquiera un cadáver de entre los —quizás— veinte millones que la guerra ha producido.

La Bomba Atómica y tú.

Tribune, 19 de octubre de 1945

Considerando la alta probabilidad de que todos seamos aniquilados por ella en los próximos cinco años, la bomba atómica no ha suscitado tanto debate como cabría esperar. Los periódicos han publicado numerosos diagramas, poco útiles para el ciudadano común, de protones y neutrones en acción, y se ha reiterado la inútil afirmación de que la bomba «debería estar bajo control internacional». Pero curiosamente, poco se ha dicho, al menos en la prensa escrita, sobre la cuestión que más nos preocupa a todos: «¿Cómo de difícil es fabricar estas cosas?»

La información que poseemos —es decir, el público en general— sobre este tema nos ha llegado de forma bastante indirecta, a raíz de la decisión del presidente Truman de no entregar ciertos secretos a la URSS. Hace algunos meses, cuando la bomba era todavía solo un rumor, existía la creencia generalizada de que la fisión del átomo era simplemente un problema para los físicos, y que una vez resuelto, una nueva y devastadora arma estaría al alcance de casi todos. (Según los rumores, en cualquier momento algún lunático solitario en un laboratorio podría hacer estallar la civilización en mil pedazos, con la misma facilidad con la que se enciende un petardo).

De haber sido cierto, el curso de la historia se habría alterado drásticamente. La distinción entre grandes y pequeños estados habría desaparecido, y el poder del Estado sobre el individuo se habría debilitado enormemente. Sin embargo, de las declaraciones del presidente Truman y de los diversos comentarios que se han hecho al respecto, se desprende que la bomba es tremendamente cara y que su fabricación exige un enorme esfuerzo industrial, del que sólo tres o cuatro países en el mundo son capaces. Este punto es de vital importancia, porque podría significar que el descubrimiento de la bomba atómica, lejos de revertir la historia, simplemente intensifique las tendencias que se han manifestado durante los últimos doce años.

Es un lugar común afirmar que la historia de la civilización es, en gran medida, la historia de las armas. En particular, se ha señalado repetidamente la conexión entre el descubrimiento de la pólvora y el derrocamiento del feudalismo por la burguesía. Y aunque no dudo que puedan existir excepciones, creo que la siguiente regla se cumple en general: las épocas en las que el arma dominante es cara o difícil de fabricar tienden a ser épocas de despotismo, mientras que cuando el arma dominante es barata y sencilla, el pueblo tiene una oportunidad. Así, por ejemplo, los tanques, los buques de guerra y los aviones bombarderos son armas inherentemente tiránicas, mientras que los fusiles, los mosquetes, los arcos y las granadas de mano son armas inherentemente democráticas. Un arma compleja hace más fuertes a los poderosos, mientras que un arma sencilla —siempre que no haya respuesta a ella— da garras a los débiles.

La gran era de la democracia y la autodeterminación nacional fue la era del mosquete y el fusil. Tras la invención del mecanismo de chispa y antes de la invención de la cápsula fulminante, el mosquete era un arma bastante eficaz y, al mismo tiempo, tan sencilla que podía fabricarse prácticamente en cualquier lugar. Su combinación de cualidades hizo posible el éxito de las revoluciones estadounidense y francesa, e hizo que una insurrección popular fuera un asunto mucho más serio de lo que podría ser en nuestros días. Después del mosquete llegó el fusil de retrocarga. Este era un arma comparativamente más compleja, pero aún podía fabricarse en muchos países, era barato, fácil de contrabandear y económico en munición. Incluso la nación más atrasada siempre podía conseguir fusiles de una u otra fuente, de modo que boers, búlgaros, abisinios, marroquíes —

e incluso tibetanos— podían luchar por su independencia, a veces con éxito. Pero a partir de entonces, cada avance en la técnica militar ha favorecido al Estado frente al individuo, y al país industrializado frente al atrasado. Cada vez hay menos centros de poder. Ya en 1939, solo cinco estados eran capaces de librar una guerra a gran escala, y ahora sólo quedan tres; en última instancia, quizás solo dos. Esta tendencia ha sido evidente durante años, y algunos observadores la señalaron incluso antes de 1914. Lo único que podría revertirla es el descubrimiento de un arma — o, dicho de forma más amplia, de un método de combate— que no dependa de las grandes concentraciones de plantas industriales.

A partir de diversos indicios, se puede inferir que los rusos aún no poseen el secreto para fabricar la bomba atómica; por otro lado, la opinión generalizada parece apuntar a que lo poseerán en pocos años. Así pues, nos encontramos ante la perspectiva de dos o tres superestados monstruosos, cada uno en posesión de un arma capaz de aniquilar a millones de personas en cuestión de segundos, dividiéndose el mundo entre ellos. Se ha asumido precipitadamente que esto implica guerras más grandes y sangrientas, y quizás el fin de la civilización de las máquinas. Pero supongamos —y este es realmente el escenario más probable— que las grandes naciones supervivientes lleguen a un acuerdo tácito para no usar jamás la bomba atómica entre sí. ¿Y si sólo la usaran, o la amenazaran, contra quienes no pudieran defenderse? En ese caso, volveríamos al punto de partida, con la única diferencia de que el poder estaría concentrado en aún menos manos y que el panorama para los pueblos sometidos y las clases oprimidas sería aún más desesperanzador.

Cuando James Burnham escribió *The Managerial Revolution*, a muchos norteamericanos les parecía probable que los alemanes ganaran la guerra en Europa, y por lo tanto, era natural suponer que Alemania, y no Rusia, dominaría el continente euroasiático, mientras que Japón seguiría siendo el amo del este de Asia. Este cálculo fue erróneo, pero no afecta al argumento principal. Porque la visión geográfica del nuevo mundo que Burnham presentó ha resultado ser correcta. Cada vez resulta más evidente que la superficie terrestre se está dividiendo en tres grandes imperios, cada uno autónomo y aislado del mundo exterior, y gobernado, bajo un disfraz u otro, por una oligarquía autoproclamada. Las negociaciones sobre dónde trazar las fronteras aún continúan y se prolongarán durante algunos años, y el tercero de los tres superestados —Asia Oriental, dominada por China— es todavía una posibilidad, no una realidad. Pero la tendencia general es inconfundible, y cada descubrimiento científico de los últimos años la ha acelerado.

En su momento se dijo que el avión había «abolido las fronteras»; en realidad, solo desde que el avión se convirtió en un arma seria, las fronteras se han vuelto definitivamente infranqueables. Se esperaba que la radio promoviera el entendimiento y la cooperación internacionales; ha resultado ser un medio para aislar a una nación de otra. La bomba atómica podría completar el proceso al privar a las clases y pueblos explotados de todo poder de rebelión y, al mismo tiempo, situar a quienes la poseen en igualdad de condiciones militares. Incapaces de conquistarse mutuamente, es probable que continúen gobernando el mundo entre ellos, y es difícil imaginar cómo podría romperse este equilibrio, salvo mediante cambios demográficos lentos e impredecibles.

Durante los últimos cuarenta o cincuenta años, H. G. Wells y otros autores nos han advertido que el ser humano corre el peligro de autodestruirse con sus propias armas, dejando que las hormigas u otras especies gregarias tomen el relevo. Cualquiera que haya visto las ciudades en ruinas de Alemania encontrará esta idea, al menos, plausible. Sin embargo, al observar el mundo en su conjunto, la tendencia durante muchas décadas no ha sido hacia la anarquía, sino hacia la reimposición de la esclavitud. Quizás nos dirigimos no hacia un colapso general, sino hacia una época tan terriblemente estable como la de los imperios esclavistas de la antigüedad. La teoría de James Burnham ha sido ampliamente debatida, pero pocos han considerado aún sus implicaciones ideológicas: es decir, el tipo de visión del mundo, las creencias y la estructura social que probablemente prevalecerían en un estado a la vez invencible y en un estado permanente de «guerra fría» con sus vecinos.

Si la bomba atómica hubiera resultado ser algo tan barato y fácil de fabricar como una bicicleta o un despertador, bien podría habernos sumido de nuevo en la barbarie, pero, por otro lado, podría haber significado el fin de la soberanía nacional y del estado policial altamente centralizado. Si, como parece ser el caso, se trata de un objeto raro y costoso, tan difícil de producir como un acorazado, es más probable que ponga fin a las guerras a gran escala a costa de prolongar indefinidamente una «paz que no es paz».

¿Qué es la Ciencia?

Tribune, 26 de octubre de 1945

En el *Tribune* de la semana pasada, hubo una carta interesante del Sr. J. Stewart Cook, en la que sugería que la mejor manera de evitar el peligro de una «jerarquía científica» sería asegurarse de que cada miembro del público en general estuviera, en la medida de lo posible, educado científicamente. Al mismo tiempo, los científicos deberían ser sacados de su aislamiento y alentados a tomar una mayor parte en la política y la administración.

Como afirmación general, creo que la mayoría de nosotros estaríamos de acuerdo con esto, pero noto que, como de costumbre, el señor Cook no define la ciencia, y simplemente insinúa de pasada que se trata de ciertas ciencias exactas cuyos experimentos pueden realizarse en condiciones de laboratorio. Así, la educación de adultos tiende «a descuidar los estudios científicos en favor de las materias literarias, económicas y sociales», por lo que aparentemente no se consideran a la economía y a la sociología como ramas de la ciencia. Este punto es de gran importancia. Porque la palabra ciencia se utiliza actualmente al menos en dos sentidos, y toda la cuestión de la educación científica se ve oscurecida por la tendencia actual de pasar de un significado a otro.

La ciencia generalmente se entiende como que significa (a) las ciencias exactas, como la química, la física, etc., o (b) un método de pensamiento que obtiene resultados verificables razonando lógicamente a partir de hechos observados.

Si le preguntas a cualquier científico, o de hecho a casi cualquier persona educada, «¿Qué es la ciencia?», es probable que obtengas una respuesta aproximada a (b). Sin embargo, en la vida cotidiana, tanto al hablar como al escribir, cuando la gente dice «ciencia» se refiere a (a). Ciencia significa algo que ocurre en un laboratorio: la propia palabra evoca una imagen de gráficos, tubos de ensayo, balanzas, mecheros Bunsen, microscopios. Un biólogo, un astrónomo, quizás un psicólogo o un matemático, es descrito como un «hombre de ciencia»: nadie pensaría en aplicar este término a un estadista, un poeta, un periodista o incluso un filósofo. Y aquellos que nos dicen que los jóvenes deben ser educados científicamente, casi siempre quieren decir que deberían recibir más enseñanza sobre radioactividad, o sobre las estrellas, o sobre la fisiología de sus propios cuerpos, en lugar de enseñarles a pensar de manera más precisa.

Esta confusión de significado, que es en parte deliberada, encierra un gran peligro. Implícita en la demanda de una educación más científica está la afirmación de que si uno ha sido formado científicamente, su enfoque hacia todos los temas será más inteligente que si no hubiera recibido tal formación. Se supone que las opiniones políticas de un científico, sus opiniones sobre cuestiones sociológicas, sobre moral, sobre filosofía, quizás incluso sobre las artes, serán más valiosas que las de un profano. El mundo, en otras palabras, sería un lugar mejor si los científicos lo controlaran todo. Pero un «científico», como acabamos de ver, significa en la práctica un especialista en una de las ciencias exactas. Se sigue que un químico o un físico, como tal, es políticamente más inteligente que un poeta o un abogado, como tales. Y, de hecho, ya hay millones de personas que creen esto.

¿Pero es realmente cierto que un «científico», en este sentido más restringido, tenga más probabilidades que otras personas de abordar problemas no científicos de manera objetiva? No hay muchas razones para pensarlo. Tomemos una prueba sencilla: la capacidad de resistirse al nacionalismo. A menudo se dice de manera imprecisa que «la ciencia es internacional», pero en la práctica los trabajadores científicos de todos los países se alinean detrás de sus propios gobiernos

con menos escrúpulos que los escritores y los artistas. La comunidad científica alemana, en su conjunto, no ofreció resistencia a Hitler. Hitler pudo haber arruinado las perspectivas a largo plazo de la ciencia alemana, pero aún había muchos hombres de talento para realizar la investigación necesaria sobre cosas como el petróleo sintético, los aviones a reacción, los proyectiles cohetes y la bomba atómica. Sin ellos, la máquina de guerra alemana nunca podría haberse construido.

Por otro lado, ¿qué ocurrió con la literatura alemana cuando los nazis llegaron al poder? Creo que no se han publicado listas exhaustivas, pero me imagino que el número de científicos alemanes —aparte de los judíos— que se exiliaron voluntariamente o fueron perseguidos por el régimen fue mucho menor que el número de escritores y periodistas. Más siniestro que esto, varios científicos alemanes aceptaron la monstruosidad de la «ciencia racial». Se pueden encontrar algunas de las declaraciones que firmaron en *The Spirit and Structure of German Fascism* del profesor Brady.

Pero, en formas ligeramente diferentes, es la misma situación en todas partes. En Inglaterra, una gran proporción de nuestros científicos más destacados aceptan la estructura de la sociedad capitalista, como puede observarse por la libertad comparativa con la que se les concede títulos de caballeros, barones e incluso pares. Desde Tennyson, ningún escritor inglés que valga la pena leer —quizás se podría hacer una excepción con Sir Max Beerbohm— ha recibido un título. Y aquellos científicos ingleses que no aceptan simplemente el *statu quo* son con frecuencia comunistas, lo que significa que, por muy escrupulosos intelectualmente que puedan ser en su propio campo de trabajo, están dispuestos a ser acríticos e incluso deshonestos en ciertos temas. El hecho es que una mera formación en una o más de las ciencias exactas, incluso combinada con grandes talentos, no garantiza una perspectiva humana o escéptica. Los físicos de media docena de grandes naciones, todos trabajando febril y secretamente en la bomba atómica, son una demostración de esto.

¿Pero significa todo esto que el público en general no debería estar más educado científicamente? ¡Al contrario! Todo lo que significa es que la educación científica para las masas hará poco bien, y probablemente mucho daño, si simplemente se reduce a más física, más química, más biología, etc., en perjuicio de la literatura y la historia. Su efecto probable sobre el ser humano promedio sería estrechar el rango de sus pensamientos y hacerlo más que nunca desdeñoso de aquellos conocimientos que no posea: y sus reacciones políticas probablemente serán algo menos inteligentes que las de un campesino analfabeto que conserve algunos recuerdos históricos y un sentido estético bastante sólido.

Está claro que la educación científica debería significar la implantación en la mente de un hábito racional, escéptico y experimental. Debería significar adquirir un método—un método que pueda ser usado en cualquier problema que uno encuentre—y no simplemente acumular muchos hechos. Dicho de esa manera, y el apologista de la educación científica usualmente estará de acuerdo. Si se le presiona más, se le pide que particularice, de alguna manera siempre resulta que la educación científica significa más atención a las ciencias exactas, en otras palabras—más hechos. La idea de que la ciencia significa una forma de mirar al mundo, y no simplemente un cuerpo de conocimiento, es en la práctica fuertemente rechazada. Creo que los puros celos profesionales son parte de la razón de esto. Pues si la ciencia es simplemente un método o una actitud, de modo que cualquiera cuyos procesos de pensamiento sean suficientemente racionales puede en cierto sentido ser descrito como científico—¿qué queda entonces del enorme prestigio que ahora disfrutaban el químico, el físico, etc., y su pretensión de ser de algún modo más sabio que el resto de nosotros?

Hace cien años, Charles Kingsley describió la ciencia como «hacer olores desagradables en un laboratorio». Hace uno o dos años, un joven químico industrial me informó, con suficiencia, que «no podía ver cuál era la utilidad de la poesía». Así, el péndulo oscila de un lado a otro, pero no me parece que una actitud sea mejor que la otra. En este momento, la ciencia está en alza, y por lo tanto escuchamos, con toda razón, la afirmación de que las masas deberían recibir educación científica: no escuchamos, como deberíamos, la contra-afirmación de que los propios científicos se beneficiarían con un poco de educación. Justo antes de escribir esto, vi en una revista

estadounidense la declaración de que varios físicos británicos y estadounidenses se negaron desde el principio a investigar la bomba atómica, sabiendo bien para qué se usaría. Aquí tienen un grupo de hombres sensatos en medio de un mundo de lunáticos. Y aunque no se publicaron nombres, creo que sería una suposición segura que todos ellos eran personas con algún tipo de formación cultural general, algún conocimiento de historia o literatura o artes; en resumen, personas cuyos intereses no eran, en el sentido actual de la palabra, puramente científicos.

Reseña de *Tambores bajo las ventanas* de Sean O'Casey.

Observer, 28 de octubre de 1945

W.B. Yeats dijo una vez que un perro no alaba a sus pulgas, pero esto se ve algo contradicho por el estatus especial que disfrutaban en este país los escritores nacionalistas irlandeses. Teniendo en cuenta cuál ha sido la historia de las relaciones anglo-irlandesas, no es sorprendente que haya irlandeses cuya ocupación en la vida sea abusar de Inglaterra: lo que sí merece ser señalado es que puedan contar con el apoyo del público inglés y en algunos casos incluso, como el propio señor O'Casey, prefieran vivir en el país que es objeto de su odio.

Este es el tercer volumen de la autobiografía del señor O'Casey, y parece abarcar aproximadamente el período de 1910 a 1916. En la medida en que se puede extraer de una masa de escritura pretenciosa, el contenido es valioso e interesante. El señor O'Casey, hijo menor de una familia protestante empobrecida, trabajó durante años como obrero de la construcción, y al mismo tiempo estuvo profundamente involucrado en el movimiento nacionalista y en los diversos movimientos culturales que se mezclaban con él. Varios de sus hermanos y hermanas murieron en circunstancias de extrema pobreza que justificarían un buen grado de amargura contra la ocupación inglesa. Fue asociado de Larkin, Connolly, la condesa Markievicz y otros líderes políticos, y observó en primera fila del levantamiento de Pascua de 1916. Pero la manera confusa en que está escrito el libro dificulta precisar los hechos o la cronología. Todo está escrito en tercera persona («Sean hizo esto» y «Sean hizo aquello»), lo que da un efecto insoportable de narcisismo, y grandes porciones están escritas en una imitación simplificada del estilo de *Finnegans Wake*, una especie de Joyce básico, que a veces es efectivo en una digresión humorística, pero que desanima bastante para fines narrativos.

Sin embargo, la característica sobresaliente del señor O'Casey es el nacionalismo romántico que logra combinar con el comunismo. Este libro no contiene literalmente ninguna referencia a Inglaterra que no sea hostil o desdeñosa. Por otro lado, difícilmente hay una página que no contenga algún pasaje como este:

«Cathleen ni Houlihan, descalza, está cantando, porque su orgullo que casi se había ido ha regresado de nuevo. Con un vestido raído y el cabello despeinado, canta, sacudiendo las cenizas de su cabello y alisando los pliegues más grandes de su vestido; ella está

Cantando sobre hombres que en formación de batalla,
preparado el corazón y preparada la mano,
marchan con el estandarte, el clarín y el pífano
hasta la muerte, por su tierra natal.»

O de nuevo: «Cathleen, la hija de Houlihan, camina ahora con firmeza, un rubor en su arrogante mejilla. Ella escucha el murmullo en los corazones de las personas. Sus amantes se están reuniendo a su alrededor, porque las cosas han cambiado, cambiado por completo: Ha nacido una belleza terrible.»

Si uno sustituye «Britannia» por «Cathleen ni Houlihan» en estos y similares pasajes (Cathleen ni Houlihan, por cierto, hace su aparición varias veces en cada capítulo), se pueden apreciar a primera vista la pomposidad que poseen. Pero, ¿por qué se tienen que tolerar los peores extremos del jingoísmo y el racialismo cuando provienen de un irlandés? ¿Por qué una afirmación

como «Mi país, tenga razón o no» es reprehensible si se aplica a Inglaterra y digna de respeto si se aplica a Irlanda (o, para el caso, a la India)? Porque no hay duda de que existe alguna convención de este tipo y que la opinión «ilustrada» en Inglaterra puede tragar incluso el nacionalismo más descarado siempre que no sea nacionalismo británico. Poemas como «Rule, Britannia!» o «Ye Mariners of England» serían tomados en serio si se insertara en los lugares correctos el nombre de algún país extranjero, como se puede ver por el respeto que se concede hoy a varios poetas de guerra franceses y rusos.

En cuanto a Irlanda, la razón básica probablemente sea la mala conciencia de Inglaterra. Es difícil oponerse al nacionalismo irlandés sin parecer que se está a favor de siglos de tiranía y explotación inglesa. En particular, el incidente con el que termina el libro del Sr. O'Casey, la ejecución sumaria de unos veinte o treinta rebeldes que deberían haber sido tratados como prisioneros de guerra, fue un crimen y un error. Por lo tanto, cualquier cosa que se diga al respecto tiene que pasar sin cuestionamiento, y el poema de Yeats sobre el tema, que hace como una especie de canción temática para el libro del Sr. O'Casey, tiene que ser aceptado sin críticas como un gran poema. En realidad, no es uno de los mejores poemas de Yeats. Pero ¿cómo puede un inglés, consciente de que su país estaba equivocado en ese y muchos otros casos, decir algo de ese tipo? Así, el juicio literario se pervierte por la simpatía política, y el Sr. O'Casey y otros como él pueden permanecer casi inmunes a la crítica. Parece que es hora de revisar nuestra actitud, pues no hay una razón real por la que las masacres de Cromwell deban hacernos confundir un libro malo o mediocre con uno bueno.

Gradualismo Catastrófico.

CW Review, noviembre de 1945

Hay una teoría que aún no ha sido formulada con precisión ni se le ha dado un nombre, pero que es muy ampliamente aceptada y se presenta siempre que es necesario justificar alguna acción que entra en conflicto con el sentido de decencia del ser humano promedio. Podría llamarse, hasta que se encuentre un nombre mejor, la Teoría del Gradualismo Catastrófico. Según esta teoría, nada se logra sin derramamiento de sangre, mentiras, tiranía e injusticia, pero, por otro lado, no se debe esperar un cambio considerable para bien como resultado incluso de la mayor agitación. La historia necesariamente avanza mediante calamidades, pero cada edad sucesiva será tan mala, o casi tan mala, como la anterior. No se debe protestar contra purgas, deportaciones, fuerzas de policía secreta y demás, porque este es el precio que se debe pagar por el progreso; pero, por otro lado, la «naturaleza humana» siempre se encargará de que el progreso sea lento o incluso imperceptible. Si te opones a la dictadura, eres un reaccionario, pero si esperas que la dictadura produzca buenos resultados, eres un sentimental.

En la actualidad, esta teoría se usa más a menudo para justificar el régimen de Stalin en la URSS, pero obviamente podría ser —y, dadas las circunstancias apropiadas, lo será— utilizada para justificar otras formas de totalitarismo. Ha ganado terreno como resultado del fracaso de la Revolución Rusa; es decir, fracaso en el sentido de que la Revolución no ha cumplido las esperanzas que despertó hace veinticinco años. En nombre del Socialismo, el régimen ruso ha cometido casi todos los crímenes que se puedan imaginar, pero al mismo tiempo su evolución se aleja del Socialismo, a menos que se redefina esa palabra en términos que ningún socialista de 1917 habría aceptado. Para aquellos que admiten estos hechos, solo hay dos caminos posibles. Uno es simplemente repudiar toda la teoría del totalitarismo, lo que pocos intelectuales ingleses tienen el coraje de hacer; el otro es recurrir al Gradualismo Catastrófico. La fórmula que se emplea habitualmente es «No se puede hacer una tortilla sin romper huevos». Y si uno responde, «Sí, pero ¿dónde está la tortilla?», la respuesta probablemente sea: «Bueno, no se puede esperar que todo suceda de inmediato.»

Naturalmente, este argumento tiende a volverse hacia la historia, con el objetivo de mostrar que todo avance se logró a costa de crímenes atroces y que no podría haberse conseguido de otra manera. El ejemplo que generalmente se usa es el derrocamiento del feudalismo por la burguesía, que se supone que prefigura el derrocamiento del capitalismo por el socialismo en nuestra propia época. Se argumenta que el capitalismo fue en su momento una fuerza progresista y, por lo tanto, sus crímenes estaban justificados, o al menos eran poco importantes. Así, en un número reciente del *New Statesman*, el Sr. Kingsley Martin, reprendiendo a Arthur Koestler por no poseer una verdadera «perspectiva histórica», comparó a Stalin con Enrique VIII. Stalin, admitió, había hecho cosas terribles, pero en conjunto había servido a la causa del «progreso», y no se deben permitir que unos pocos millones de «liquidaciones» oscurezcan este hecho. De manera similar, el carácter de Enrique VIII dejaba mucho que desear, pero después de todo había hecho posible el surgimiento del capitalismo y, por lo tanto, en conjunto podría considerarsele un amigo de la humanidad.

Ahora bien, Enrique VIII no se parece demasiado a Stalin; Cromwell proporcionaría una mejor analogía; pero, concediendo a Enrique VIII la importancia que le dio el señor Martin, ¿a dónde lleva este argumento? Enrique VIII hizo posible el auge del capitalismo, que condujo a los

horrores de la Revolución Industrial y, de ahí, a un ciclo de enormes guerras, la siguiente de las cuales podría destruir la civilización por completo. Así que, esquematizando el proceso, podemos presentarlo así: «Todo debe serle perdonado a Enrique VIII, porque fue gracias a él que finalmente podamos volarnos en pedazos por medio de las bombas atómicas.» Se llega a absurdos similares si responsabilizan a Stalin de nuestra situación actual y del futuro que parece estar próximo, y al mismo tiempo insisten en que debe defenderse su política. Los motivos de esos intelectuales ingleses que apoyan la dictadura rusa son, creo, diferentes de lo que admiten públicamente, pero es lógico aprobar la tiranía y la masacre si se asume que el progreso es inevitable. Si cada época es, en general, mejor que la anterior, entonces cualquier crimen o necesidad que impulse el proceso histórico puede justificarse. Entre, aproximadamente, 1750 y 1930, se podría conceder que se estaba produciendo un progreso sólido y comprobable. Últimamente, esto se ha vuelto cada vez más difícil, de ahí la teoría del Gradualismo Catastrófico. El crimen sigue al crimen, una clase dominante reemplaza a otra, la Torre de Babel se eleva y cae, pero no se debe resistir el proceso — de hecho, hay que estar dispuesto a aplaudir cualquier villanía que se desprenda— porque de alguna manera mística, ante los ojos de Dios, o quizás ante los ojos de Marx, esto es el Progreso. La alternativa sería detenerse y considerar (a) ¿hasta qué punto está predeterminada la historia? y (b) ¿qué se entiende por progreso? En este punto hay que llamar al Yogui para que corrija al Comisario.

En su ensayo muy comentado, generalmente se asume que Koestler se inclinó tenazmente del lado del Yogi. En realidad, si uno asume que el Yogi y el Comisario están en puntos opuestos de la escala, Koestler está algo más cerca del extremo del Comisario. Él cree en la acción, en la violencia cuando es necesaria, en el gobierno y, en consecuencia, en los cambios y compromisos que son inseparables del gobierno. Apoyó la guerra, y el Frente Popular antes de ella. Desde la aparición del fascismo ha luchado contra él con lo mejor de sus capacidades, y durante muchos años fue miembro del Partido Comunista. El largo capítulo de su libro en el que critica a la URSS está incluso viciado por una lealtad persistente a su antiguo partido y por una tendencia resultante a hacer que todos los malos acontecimientos se remonten al ascenso de Stalin; mientras que, creo, se debería admitir que todas las semillas del mal estaban presentes desde el principio y que las cosas no habrían sido sustancialmente diferentes si Lenin o Trotsky hubieran permanecido en el poder. Nadie es menos propenso que Koestler a afirmar que podemos arreglar todo mirando nuestro ombligo en California. Tampoco está afirmando, como hacen normalmente los pensadores religiosos, que un «cambio del corazón» debe ocurrir antes de cualquier mejora política genuina. Para citar sus propias palabras:

«Ni el santo ni el revolucionario pueden salvarnos; sólo la síntesis de ambos. Si somos capaces de lograrlo, no lo sé. Pero si la respuesta es negativa, parece no haber una esperanza razonable de evitar la destrucción de la civilización europea, ya sea por la Guerra Absoluta, sucesora de la guerra total, o por la conquista de Bizancio, dentro de las próximas décadas.»

Es decir, el «cambio del corazón» debe ocurrir, pero en realidad no está ocurriendo a menos que en cada paso se traduzca en acción. Por otro lado, ningún cambio en la estructura de la sociedad puede por sí mismo lograr una verdadera mejora. El socialismo solía definirse como «propiedad colectiva de los medios de producción», pero ahora se entiende que si la propiedad colectiva significa nada más que control centralizado, simplemente allana el camino para una nueva forma de oligarquía. El control centralizado es una condición necesaria del socialismo, pero no produce socialismo más de lo que mi máquina de escribir produciría por sí sola este artículo que estoy escribiendo. A lo largo de la historia, una revolución tras otra —aunque generalmente produciendo un alivio temporal, como el que siente un enfermo al darse la vuelta en la cama— simplemente ha llevado a un cambio de amos, porque no se ha hecho un esfuerzo serio por eliminar el instinto de poder: o si se ha hecho tal esfuerzo, sólo lo ha hecho el santo, el yogui, el hombre que salva su propia alma a expensas de ignorar a la comunidad. En la mente de los revolucionarios activos, al menos de aquellos que «llegaron allí», el anhelo de una sociedad justa siempre se ha mezclado fatídicamente con la intención de asegurar el poder para sí mismos.

Koestler dice que debemos aprender una vez más la técnica de la contemplación, que «permanece como la única fuente de guía en dilemas éticos donde los criterios prácticos de utilidad social fallan». Por «contemplación» él entiende «la voluntad de no querer», dominar el deseo de poder. Los hombres prácticos nos han llevado al borde del abismo, y los intelectuales en quienes la aceptación de la política de poder ha matado primero el sentido moral y luego el sentido de la realidad, nos instan a avanzar rápidamente sin cambiar de dirección. Koestler sostiene que la historia no está predeterminada en todo momento, sino que existen puntos de inflexión en los cuales la humanidad es libre de elegir el camino con mejor o peor acierto. Uno de esos puntos de inflexión (que no había aparecido cuando escribió el libro) es la bomba atómica. O renunciamos a ella, o nos destruye. Pero renunciar a ella es tanto un esfuerzo moral como un esfuerzo político. Koestler pide «una nueva fraternidad en un nuevo clima espiritual, cuyos líderes estén unidos por un voto de pobreza para compartir la vida de las masas, y prohibidos por las leyes de la fraternidad de alcanzar el poder absoluto». Agrega: «Si esto parece utópico, entonces el socialismo es una utopía.» Puede que ni siquiera sea una utopía —su propio nombre puede en un par de generaciones haber dejado de ser un recuerdo— salvo que podamos escapar de la locura del «realismo». Pero eso no ocurrirá sin un cambio en el corazón individual. En ese sentido, aunque no más allá, el yogui tiene razón frente al comisario.

Buenos malos libros.

Tribune, 2 de noviembre de 1945

No hace mucho, un editor me encargó escribir una introducción para una reimpresión de una novela de Leonard Merrick. Parece que esta editorial va a reeditar una larga serie de novelas menores y en parte olvidadas del siglo XX. Es un servicio valioso en estos días sin libros, y bastante envidia a la persona cuyo trabajo será rebuscar entre las cajas de tres peniques, buscando copias de sus lecturas favoritas de la infancia.

Un tipo de libro que apenas parece que produzcamos en estos días, pero que floreció con gran riqueza a fines del siglo XIX y principios del XX, es lo que Chesterton llamaba el «buen mal libro»: es decir, el tipo de libro que no tiene pretensiones literarias pero que sigue siendo legible cuando las producciones más serias han perecido. Obviamente, los libros más sobresalientes en esta línea son *Raffles*¹ y las historias de Sherlock Holmes, que han mantenido su posición cuando innumerables «novelas-problema», «documentos humanos» y «terribles acusaciones» de esto o aquello han caído en un merecido olvido. (¿Quién ha resistido mejor el paso del tiempo, Conan Doyle o Meredith?) Casi en la misma clase que estos coloco las primeras historias de R. Austin Freeman —«El hueso que canta», «El ojo de Osiris» y otras—, *Max Carrados* de Ernest Bramah, y, bajando un poco el nivel, el *thriller* tibetano de Guy Boothby, *Dr Nikola*, una especie de versión escolar de [Los viajes por Tartaria de Huc](#), que probablemente haría que una visita real a Asia Central pareciera un decepcionante anticlimax.

Pero aparte de los *thrillers*, estaban los escritores humorísticos menores del período. Por ejemplo, Pett Ridge—aunque admito que sus libros completos ya no parecen legibles del todo—, E. Nesbit (*The Treasure Seekers*), George Birmingham, que era bueno mientras se mantuviera alejado de la política, el pornográfico Binstead («Pitcher» del *Pink'Un*), y, si se pueden incluir los libros norteamericanos, las historias de Penrod de Booth Tarkington. Barry Pain ocupaba un escalón por encima de la mayoría de estos. Algunas de las obras humorísticas de Pain todavía se imprimen, supongo, pero a cualquiera que la encuentre le recomiendo lo que debe ser ahora un libro muy raro —*The Octave of Claudius*, un brillante ejercicio en lo macabro. Algo posterior es Peter Blundell, que escribió en la línea de W. W. Jacobs sobre pueblos portuarios del Lejano Oriente, y que parece haber sido olvidado de manera bastante inexplicable, a pesar de haber sido elogiado por H.G. Wells.

Sin embargo, todos los libros a los que me he referido son, francamente, «literatura de evasión». Forman parches agradables en la memoria de uno, rincones tranquilos donde la mente puede deambular en momentos ocasionales, pero apenas pretenden tener algo que ver con la vida real. Hay otro tipo de buen libro malo que está más seriamente diseñado y que, creo, nos dice algo sobre la naturaleza de la novela y las razones de su decadencia actual. Durante los últimos cincuenta años ha habido toda una serie de escritores —algunos de los cuales aún escriben— a quienes es bastante imposible llamar «buenos» con cualquier criterio literario estricto, pero que son novelistas naturales y que parecen alcanzar sinceridad en parte porque no están inhibidos por el buen gusto. En esta clase coloco al mismo Leonard Merrick, W.L. George, J.D. Beresford, Ernest Raymond, May Sinclair y —en un nivel más bajo que los demás pero todavía esencialmente similar— A.S.M. Hutchinson.

1 El ladrón de guante blanco, serie de novelas de Ernest William Hornung (1866-1921).

La mayoría de estos han sido escritores prolíficos, y su producción ha variado naturalmente en calidad. Estoy pensando en cada caso en uno o dos libros sobresalientes: por ejemplo, *Cynthia* de Merrick, *A Candidate for Truth* de J.D. Beresford, *Caliban* de W.L. George, *The Combined Maze* de May Sinclair, y *We, the Accused* de Ernest Raymond. En cada uno de estos libros, el autor ha sido capaz de identificarse con sus personajes imaginados, de sentir con ellos e invitar a la simpatía en su nombre, con un tipo de abandono que personas más capaces encontrarían difícil de lograr. Ellos ponen de manifiesto el hecho de que el refinamiento intelectual puede ser una desventaja para un narrador, así como lo sería para un comediante de music-hall.

Tomemos, por ejemplo, *We, the Accused* de Ernest Raymond, una historia de asesinato particularmente sórdida y convincente, probablemente basada en el caso Crippen. Creo que se beneficia mucho del hecho de que el autor sólo comprende parcialmente la vulgaridad patética de las personas sobre las que escribe, y por lo tanto no las desprecia. Tal vez incluso, como *An American Tragedy* de Theodore Dreiser, gane algo del modo torpe y prolijo en que está escrito; el detalle se acumula sobre detalle, con casi ningún intento de selección, y en el proceso se construye lentamente un efecto de crueldad terrible y constante. Lo mismo ocurre con *A Candidate for Truth*. Aquí no hay la misma torpeza, pero sí hay la misma capacidad de tomarse en serio los problemas de la gente común. Lo mismo ocurre con *Cynthia* y, en cualquier caso, con la parte más temprana de *Caliban*. La mayor parte de lo que escribió W.L. George era basura de mala calidad, pero en este libro en particular, basado en la carrera de Northcliffe, logró algunas imágenes memorables y veraces de la vida de la clase media baja londinense. Partes de este libro son probablemente autobiográficas, y una de las ventajas de los buenos escritores malos es su falta de vergüenza al escribir autobiografía. El exhibicionismo y la autocompasión son la perdición del novelista, y sin embargo, si tiene demasiado miedo de ellos, su don creativo puede sufrir.

La existencia de la buena literatura mala—el hecho de que uno pueda sentirse entretenido, emocionado o incluso conmovido por un libro que el intelecto simplemente se niega a tomar en serio—es un recordatorio de que el arte no es lo mismo que la cerebración. Imagino que según cualquier prueba que pudiera inventarse, se encontraría que Carlyle era un hombre más inteligente que Trollope. Sin embargo, Trollope ha seguido siendo legible y Carlyle no: con toda su capacidad, ni siquiera tenía el ingenio suficiente para escribir en un inglés claro y directo. En los novelistas, casi tanto como en los poetas, la conexión entre inteligencia y poder creativo es difícil de establecer. Un buen novelista puede ser un prodigio de autodisciplina como Flaubert, o puede ser puro desorden intelectual como Dickens. Suficiente talento para formar docenas de escritores ordinarios se ha vertido en las llamadas novelas de Wyndham Lewis, como *Tan* o *Snooty Baronet*. Sin embargo, sería un esfuerzo muy pesado leer uno de estos libros de principio a fin. Alguna cualidad indefinible, una especie de vitamina literaria, que existe incluso en un libro como *If Winter Comes*², está ausente en ellos.

Quizás el ejemplo supremo del libro «bueno-malo» es *La cabaña del Tío Tom*. Es un libro involuntariamente ridículo, lleno de incidentes melodramáticos y absurdos; también es profundamente conmovedor y esencialmente verdadero; es difícil decir qué cualidad es superior. Pero Tío Tom, después de todo, intenta ser serio y hace referencia al mundo real. ¿Qué hay de los escritores francamente escapistas, los proveedores de emociones y del humor «ligero»? ¿Qué hay de *Sherlock Holmes*, *Vice Versa*, *Drácula*, *Los bebés de Helen* o *Las minas del rey Salomón*? Todos estos son definitivamente libros absurdos, libros de los que uno tiende más a reírse de ellos que con ellos, y que difícilmente fueron tomados en serio incluso por sus autores; sin embargo, han sobrevivido y probablemente seguirán haciéndolo. Todo lo que se puede decir es que, mientras la civilización siga siendo tal que uno necesite distracción de vez en cuando, la literatura «ligera» tiene su lugar asignado; también que existe algo como la habilidad pura, o la gracia innata, que puede

2 De Arthur Stuart-Menteth Hutchinson (1879-1971).

tener más valor de supervivencia que la erudición o el poder intelectual. Hay canciones de music-hall que son mejores poemas que tres cuartas partes de lo que entra en las antologías:

Ven donde el alcohol es más barato,
 Ven donde las jarras contienen más,
 Ven donde el jefe es más divertido,
 ¡Vente al pub de aquí al lado!

O esta otra:

Dos hermosos ojos negros
 ¡Oh, vaya sorpresa!
 Sólo por corregir a otro tipo,
 ¡Dos hermosos ojos negros!

Preferiría con mucho haber escrito cualquiera de esos que, por ejemplo, *The Blessed Damozel*³ o *Love in the Valley*⁴. Y por la misma razón, apostarí a que *La cabaña del tío Tom* sobrevivirá a las obras completas de Virginia Woolf o de George Moore, aunque no conozco ningún criterio estrictamente literario que muestre dónde reside su ventaja.

3 Poesía y óleos del prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti (1828-1882).

4 Poesía de George Meredith (1828-1909).

Introducción a *Love of Life and Other Stories* de Jack London.

Noviembre de 1945

En su breve libro, *Recuerdos de Lenin*, Nadezhda Krupskaya relata que cuando Lenin estaba en su última enfermedad ella solía leerle en voz alta por las noches:

«Dos días antes de su muerte le leí por la noche un cuento de Jack London, *El amor a la vida*, que todavía está sobre la mesa en su habitación. Era una muy buena historia. En un desierto de hielo, donde ningún ser humano había puesto el pie, un hombre enfermo, muriéndose de hambre, se dirige hacia el puerto de un gran río. Su fuerza se está agotando, no puede caminar pero sigue resbalando, y a su lado se desliza un lobo, también muriéndose de hambre. Hay una lucha entre ellos: el hombre gana. Medio muerto, medio demente, alcanza su objetivo. Ese cuento agradó mucho a Ilich (Lenin). Al día siguiente me pidió que le leyera más de Jack London.»

Sin embargo, continúa Krupskaya, el siguiente relato resultó estar «saturado de moral burguesa», e «Ilich sonrió y lo desestimó con un gesto de la mano.» Estas dos obras de Jack London fueron lo último que ella le leyó.

La historia, *El amor a la vida*, es incluso más sombría de lo que Krupskaya sugiere en su breve resumen de la misma, porque en realidad termina con el hombre comiéndose al lobo, o al menos mordiendo su garganta con suficiente fuerza como para hacerla sangrar. Ese es el tipo de tema hacia el cual Jack London se sentía irresistiblemente atraído, y este episodio de las lecturas en el lecho de muerte de Lenin es en sí mismo una crítica no mala del trabajo de London. Era un escritor que sobresalía en describir la crueldad, cuyo tema principal, de hecho, era la crueldad de la Naturaleza, o al menos de la vida contemporánea; también era un escritor extremadamente variable, gran parte de cuyo trabajo se producía apresuradamente y bajo poca presión; y tenía en él un matiz de sentimiento que Krupskaya probablemente acertaba al llamar «burgués», al menos un matiz que no concordaba con sus convicciones democráticas y socialistas.

Durante los últimos veinte años, los relatos cortos de Jack London han sido inexplicablemente olvidados; cómo de relegados se podría medir por la completa falta de ejemplares impresos. En cuanto al gran público, se le recuerda por varios libros de animales, particularmente *Colmillo Blanco* y *La llamada de lo salvaje* —libros que apelaban al sentimentalismo anglosajón respecto a los animales— y después de 1933 su reputación aumentó gracias a *El talón de acero*, que había sido escrito en 1907, y que es en cierto sentido una profecía del fascismo. *El talón de acero* no es un buen libro, y en general sus predicciones no se han cumplido. Sus fechas y su geografía son ridículas, y London comete el error, común en esa época, de suponer que la revolución estallaría primero en los países altamente industrializados. Pero en varios puntos, London tenía razón donde casi todos los demás profetas estaban equivocados, y tenía razón debido a esa misma característica de su naturaleza que lo hacía un buen escritor de relatos cortos y un socialista en el que dudosamente se podía confiar.

London imagina una revolución proletaria estallando en los Estados Unidos y siendo aplastada, o parcialmente aplastada, por una contraofensiva de la clase capitalista; y, a continuación, un largo período durante el cual la sociedad está gobernada por un pequeño grupo de tiranos conocidos como los Oligarcas, a quienes sirve una especie de SS conocida como los Mercenarios. Una lucha subterránea contra la dictadura era el tipo de cosa que London podía imaginar, y previó

ciertos detalles con sorprendente precisión; por ejemplo, previó ese horror peculiar de la sociedad totalitaria, la forma en que los enemigos sospechosos del régimen simplemente desaparecen. Pero el libro es principalmente notable por sostener que la sociedad capitalista no perecería por sus «contradicciones», sino que la clase dominante sería capaz de conformarse como una vasta corporación e incluso de evolucionar a una especie de socialismo pervertido, sacrificando muchos de sus privilegios para preservar su estatus superior. Los pasajes en los que London analiza la mentalidad de los Oligarcas son de gran interés:

«Ellos, como clase (escribe el autor imaginario del libro), creían ser los únicos que mantenían la civilización. Creían que, si alguna vez se debilitaban, la gran bestia los engulliría a ellos y a todo lo bello, alegre, maravilloso y bueno en su boca cavernosa y goteante de baba. Sin ellos, reinaría la anarquía y la humanidad retrocedería hacia la noche primitiva de la que había surgido tan dolorosamente. ... En resumen, sólo ellos, por su labor incansable y sacrificio personal, estaban entre la débil humanidad y la bestia devoradora de todo: y creían en ello, estaban firmemente seguros de ello

»No puedo poner demasiado énfasis en esta alta rectitud ética de toda la clase Oligárquica. Esta ha sido la fortaleza del Talón de acero, y demasiados compañeros han sido lentos o reacios en darse cuenta de ello. Muchos de ellos han atribuido la fortaleza del Talón de acero a su sistema de recompensas y castigos. Esto es un error. El cielo y el infierno pueden ser los factores primordiales del celo en la religión de un fanático; pero para la gran mayoría de los religiosos, el cielo y el infierno son incidentales al bien y al mal. Amar lo correcto, desear lo correcto, sentirse infeliz con cualquier cosa que sea menos que lo correcto —en resumen, la conducta correcta—, es el factor principal de la religión. Y así con la Oligarquía... La gran fuerza motriz de los Oligarcas es la creencia de que están haciendo lo correcto.»

A partir de estos y otros pasajes similares se puede ver que la comprensión de London sobre la naturaleza de una clase dominante —es decir, las características que una clase dominante debe tener si quiere sobrevivir— era muy profunda. Según la visión convencional de la izquierda, el «capitalista» es simplemente un sinvergüenza cínico, sin honor ni coraje, y que sólo busca llenar sus propios bolsillos. London sabía que esa visión era falsa. Pero, uno podría preguntarse justamente, ¿por qué este escritor apresurado, sensacionalista y, en ciertos aspectos, infantil habría entendido esa particular cosa mucho mejor que la mayoría de sus compañeros socialistas?

La respuesta ciertamente es que London podía prever el Fascismo porque tenía una veta fascista en sí mismo: o, al menos, un marcado rasgo de brutalidad y una preferencia casi inconquistable por el hombre fuerte frente al hombre débil. Sabía instintivamente que los empresarios americanos lucharían cuando sus posesiones estuvieran amenazadas, porque en su lugar él mismo habría luchado. Era un aventurero y un hombre de acción como pocos escritores han sido. Nacido en una pobreza extrema, de la que se había escapado a los dieciséis años, gracias a su carácter dominante y su poderosa constitución: sus primeros años los pasó entre piratas, buscadores de oro, vagabundos y boxeadores profesionales, y estaba dispuesto a admirar la dureza dondequiera que la encontrara. Por otro lado, nunca olvidó las miserias sórdidas de su infancia y nunca flaqueó en su lealtad hacia las clases explotadas. Gran parte de su tiempo lo pasó trabajando y dando conferencias para el movimiento socialista, y cuando ya era un hombre de éxito y famoso pudo explorar las peores profundidades de la pobreza en los barrios marginales de Londres, haciéndose pasar por un marinero estadounidense, y compiló un libro (*The People of the Abyss*) que todavía tiene valor sociológico. Su perspectiva era democrática en el sentido de que odiaba la explotación y el privilegio hereditario, y que se sentía más a gusto en compañía de personas que trabajaban con sus manos: pero su instinto se inclinaba hacia la aceptación de una «aristocracia natural» de fuerza, belleza y talento. Intelectualmente sabía, como se puede ver en varios comentarios en *El talón de acero*, que el socialismo debería significar que los humildes hereden la tierra, pero eso no era lo que

su temperamento exigía. En gran parte de su obra, una corriente de su carácter simplemente elimina a la otra: él está en su mejor momento cuando interactúan, como ocurre en ciertos cuentos suyos.

El gran tema de Jack London es la crueldad de la Naturaleza. La vida es una lucha salvaje, y la victoria no tiene nada que ver con la justicia. En los mejores de sus relatos cortos hay una sorprendente falta de comentarios, una suspensión del juicio, derivada del hecho de que tanto se deleita en la lucha como percibe su crueldad. Quizá lo mejor que ha escrito es *Just Meat*. Dos ladrones se han escapado con una gran cantidad de joyas: cada uno está decidido a estafar al otro y se envenenan mutuamente con estricnina, terminando la historia con los dos hombres muertos en el suelo. Casi no se comenta el suceso, y desde luego no hay «moralismo». Según Jack London, es simplemente un fragmento de la vida, el tipo de cosas que ocurren en el mundo actual; sin embargo, es dudoso que se le ocurriera tal trama a algún escritor que no estuviera fascinado por la crueldad. O toma una historia como *The Francis Spaight*. La tripulación hambrienta de un barco naufragado ha decidido recurrir al canibalismo y está nerviosa por empezar cuando otro barco aparece a la vista. Es característico de Jack London que el segundo barco aparezca después y no antes de que le hayan cortado la garganta al grumete. Una historia aún más típica es *A piece of Steak*. Aquí se expresan aquí el amor de London por el boxeo y su admiración por la pura fuerza física, su percepción de la mezquindad y crueldad de una sociedad competitiva, y al mismo tiempo su tendencia instintiva a aceptar el *vae victis* como una ley de la naturaleza. Un viejo boxeador está luchando su última batalla: su oponente es un principiante, joven y lleno de energía, pero sin experiencia. El anciano casi gana, pero al final su destreza en el ring no es rival para la resistencia juvenil del otro. Incluso cuando lo tiene a su merced, no puede asestar el golpe que le acabaría, porque se ha alimentado mal durante semanas antes de la pelea y sus músculos no pueden hacer el esfuerzo necesario. Se queda reflexionando amargamente que si tan sólo hubiera probado un buen trozo de filete el día de la pelea, habría ganado.

Los pensamientos del anciano giran todos alrededor del tema: «La juventud por delante». Primero eres joven y fuerte, y derribas a los hombres mayores y ganas dinero que derrochas; luego tu fuerza disminuye y a su vez eres derribado por hombres más jóvenes, y entonces caes en la pobreza. Esto de hecho cuenta la historia de la vida promedio de un boxeador, y sería una exageración decir que Jack London aprueba la manera en que los hombres son desgastados como gladiadores por una sociedad que ni siquiera se molesta en alimentarlos. El detalle del pedazo de bistec —no estrictamente necesario, ya que el punto principal de la historia es que el hombre más joven está destinado a ganar por virtud de su juventud— subraya la implicación económica. Y aún así hay algo en London que toma cierto placer en todo el cruel proceso. No es tanto una aprobación de la dureza de la Naturaleza, como una creencia mística de que la Naturaleza es así. La Naturaleza es «roja de dientes y garras». Quizá la fiereza sea mala, pero la fiereza es el precio de la supervivencia. Los jóvenes matan a los viejos, los fuertes matan a los débiles, por una ley inexorable. El hombre lucha contra los elementos o contra su semejante, y no hay nada excepto su propia dureza que lo ayude a salir adelante. London habría dicho que él simplemente estaba describiendo la vida tal como se vive realmente, y en sus mejores historias lo hace: sin embargo, la constante recurrencia del mismo tema —lucha, dureza, supervivencia— muestra hacia dónde se inclinaba.

London se había visto profundamente influido por la teoría de la supervivencia del más apto. Su libro, *Antes de Adán* —una historia inexacta pero muy legible de la prehistoria, en la que el hombre simio y los hombres del Paleolítico temprano y tardío aparecen como coexistiendo simultáneamente— es un intento de popularizar a Darwin. Aunque la tesis principal de Darwin no ha sido sacudida, ha habido, durante los últimos veinte o treinta años, un cambio en la interpretación que le da el hombre pensante promedio. A finales del siglo XIX, el darwinismo se utilizaba como justificación para el capitalismo *laissez-faire*, para la política de poder y para la explotación de pueblos subyugados. La vida era una libre competencia en la que el hecho de

sobrevivir era prueba de aptitud para sobrevivir: esto era un pensamiento reconfortante para los hombres de negocios exitosos, y también conducía naturalmente, aunque no muy lógicamente, a la noción de razas «superiores» e «inferiores». En nuestra época estamos menos dispuestos a aplicar la biología a la política, en parte porque hemos visto a los nazis hacer justamente eso, con gran minuciosidad y con resultados horribles. Pero cuando London escribía, una versión cruda del darwinismo estaba muy extendida y debía ser difícil de evitar. Él mismo era incluso capaz a veces de sucumbir al misticismo racial. Durante un tiempo jugueteó con una teoría racial similar a la de los nazis, y a lo largo de su obra el culto a lo «nórdico» está bastante marcado. Esto se relaciona por un lado con su admiración por los boxeadores profesionales, y por otro con su visión antropomórfica de los animales: pues parece haber buenas razones para pensar que un amor exagerado por los animales generalmente va acompañado de una actitud bastante brutal hacia los seres humanos. London era un socialista con los instintos de un bucanero y la educación de un materialista del siglo XIX. En general, el trasfondo de sus historias no es industrial, ni siquiera civilizado. La mayoría de ellas tienen lugar —y gran parte de su propia vida fue así— en ranchos o islas del Pacífico Sur, en barcos, en prisión o en los desiertos del Ártico: lugares donde un hombre está solo y depende de su propia fuerza e ingenio, o donde la vida es naturalmente patriarcal.

Sin embargo, London escribió de vez en cuando sobre la sociedad industrial contemporánea, y en general estaba en su mejor momento cuando lo hacía. Aparte de sus cuentos, están *The People of the Abyss*, *The Road* (un brillante librito que describe las experiencias juveniles de London como vagabundo) y ciertos pasajes en *The Valley of the Moon*, que tienen como telón de fondo la tumultuosa historia del sindicalismo estadounidense. Aunque la atracción de sus impulsos estaba alejada de la civilización, London había leído profundamente en la literatura del movimiento socialista, y su vida temprana le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre la pobreza urbana. Él mismo trabajaba en una fábrica a la edad de once años, y sin esa experiencia tras de él difícilmente podría haber escrito una historia como *The Apostate*. En esta historia, como en toda su mejor obra, London no comenta, pero indudablemente apunta a despertar compasión e indignación. Generalmente, cuando escribe sobre escenarios más primitivos, su actitud moral se vuelve equívoca. Tomemos, por ejemplo, una historia como *Make Westing*. ¿Con quién se inclinan las simpatías de London: con el Capitán Cullen o con George Dorety? Se tiene la impresión de que, si se viera obligado a elegir, se alinearía con el Capitán, que comete dos asesinatos pero logra llevar su barco alrededor del Cabo de Hornos. Por otro lado, en una historia como *The Chinago*, aunque se narra en el estilo habitual implacable, la «moral» es lo suficientemente clara para cualquiera que desee encontrarla. El ángel guardián de London son sus convicciones socialistas, que entran en juego cuando trata temas como la explotación de personas de color, el trabajo infantil o el trato a los criminales, pero que prácticamente no intervienen cuando escribe sobre exploradores o animales. Probablemente sea por esta razón que una alta proporción de sus mejores escritos tratan sobre la vida urbana. En historias como *The Apostate*, *Just Meat*, *A Piece of Steak* y *Semper Idem*, por cruentas y sórdidas que puedan parecer, algo lo mantiene en el camino y controla su impulso natural hacia la glorificación de la brutalidad. Ese «algo» es su conocimiento, tanto teórico como práctico, de lo que el capitalismo industrial significa en términos del sufrimiento humano.

Jack London es un escritor muy desigual. En su corta e intranquila vida produjo una obra enorme, proponiéndose escribir mil palabras cada día y generalmente logrando hacerlo. Incluso sus mejores relatos tienen la curiosa cualidad de estar bien contados y, sin embargo, no bien escritos: se narran con admirable economía, con los incidentes justos en el lugar justo, pero la textura de la escritura es pobre, las frases son gastadas y obvias, y los diálogos son erráticos. Su reputación ha tenido altibajos, y durante un largo período parece haber sido mucho más admirado en Francia y Alemania que en los países de habla inglesa. Incluso antes del triunfo de Hitler, que sacó a *El talón de acero* de su oscuridad, tenía cierta fama como escritor de izquierdas y «proletario», más o menos la misma clase de fama que se asocia con Robert Tressell, W.B. Traven o Upton Sinclair. También ha sido atacado por escritores marxistas por sus «tendencias fascistas». Estas tendencias

indudablemente existían en él, tanto que si uno lo imaginara viviendo hasta nuestros días, en lugar de morir en 1915, es muy difícil estar seguro de dónde habría estado su lealtad política. Se le puede imaginar en el Partido Comunista, se le puede imaginar como víctima de la teoría racial nazi, y se le puede imaginar como el quijotesco campeón de alguna secta trotskista o anarquista. Pero, como he tratado de dejar claro, si hubiera sido una persona políticamente confiable, probablemente no habría dejado nada de interés. Mientras tanto, su reputación descansa principalmente en *El talón de acero*, y la excelencia de sus cuentos ha sido casi olvidada. Una docena de los mejores de ellos se recopilan en este volumen, y algunos más merecen ser rescatados de los estantes del museo y de las cajas de segunda mano. También se espera que aparezcan nuevas ediciones de *El camino*, *La chaqueta*, *Antes de Adán* y *El valle de la luna* cuando el papel sea más abundante. Gran parte del trabajo de Jack London es apresurado e poco convincente, pero produjo al menos seis volúmenes que merecen mantenerse en impresión, y eso no es un mal logro para una vida de sólo cuarenta y un años.

Carta sobre la *League for European Freedom*.

15 de noviembre de 1945

27B Canonbury Square
Islington
Londres N1

Estimada Duquesa de Atholl⁵,

Acabo de recibir su carta con fecha del 13 de noviembre. Me temo que no puedo hablar en nombre de la Liga por la Libertad Europea. Podría fácilmente evitarlo diciendo que la fecha es imposible o —lo cual es muy cierto— que no sé nada sobre Yugoslavia, pero prefiero decirle claramente que no estoy de acuerdo con los objetivos finales de la Liga según los entiendo. Fui a la primera reunión pública, o a una de las primeras, y escribí algo al respecto en *Tribune*, que puede que haya visto. Ciertamente, lo que se dice en sus plataformas es más veraz que la propaganda mentirosa que se encuentra en la mayor parte de la prensa, pero no puedo asociarme con un cuerpo esencialmente conservador que dice defender la democracia en Europa pero no tiene nada que decir sobre el imperialismo británico. Me parece que solo se pueden denunciar los crímenes que ahora se cometen en Polonia, Yugoslavia, etc., si uno es igualmente insistente en poner fin al gobierno no deseado de Gran Bretaña en la India. Pertenezco a la Izquierda y debo trabajar dentro de ella, aunque deteste el totalitarismo ruso y su influencia venenosa en este país.

Sinceramente suyo

[George Orwell]

5 Katharine Stewart-Murray, duquesa de Atholl (1874-1960). Miembro del Partido Unionista Escocés (relacionado con el Partido Conservador), formó parte del Parlamento británico desde 1923 hasta 1938, y ocupó puestos ministeriales. Aunque fue antisufragista, apoyó el bando republicano durante la guerra civil española, y estuvo muy influida por la propaganda comunista, por lo que se la apodó la Duquesa Roja. Tras la segunda guerra mundial, en cambio, se posicionó en contra del comunismo.

A través de un cristal de color de rosa.

Tribune, 23 de noviembre de 1945

El reciente artículo⁶ del corresponsal de *Tribune* en Viena provocó una avalancha de cartas enojadas que, además de llamarlo estúpido y mentiroso y hacer otras acusaciones de lo que se podría llamar de naturaleza rutinaria, también contenían la muy seria implicación de que debería haber permanecido en silencio incluso si sabía que estaba diciendo la verdad. Él mismo dio una breve respuesta en *Tribune*, pero la cuestión involucrada es tan importante que vale la pena discutirla con mayor detalle.

Siempre que A y B están en oposición entre sí, cualquier persona que ataque o critique a A es acusada de ayudar y encubrir a B. Y a menudo es cierto, objetivamente y en un análisis a corto plazo, que está facilitando las cosas para B. Por lo tanto, dicen los partidarios de A, cállate y no critiques: o al menos critica «constructivamente», lo que en la práctica siempre significa de manera favorable. Y de esto sólo hay un paso corto para argumentar que la supresión y distorsión de hechos conocidos es el deber más elevado de un periodista.

Ahora, si uno divide el mundo en A y B y asume que A representa el progreso y B la reacción, es discutible que ningún hecho perjudicial para A deba jamás ser revelado. Pero antes de hacer esta afirmación, uno debe darse cuenta a dónde conduce. ¿Qué queremos decir con reacción? Supongo que se estaría de acuerdo en que la Alemania nazi representó la reacción en su peor forma o una de las peores. Bueno, las personas en este país que dieron más munición a los propagandistas nazis durante la guerra son exactamente las que nos dicen que es «objetivamente» favorable al fascismo criticar a la URSS. No me refiero a los comunistas durante su fase anti-guerra: me refiero a la izquierda en su conjunto. En general, la radio nazi obtuvo más material de la prensa británica de izquierda que de la de derecha. Y difícilmente podría ser de otra manera, pues es principalmente en la prensa de izquierda donde se encuentra la crítica seria a las instituciones británicas. Cada revelación sobre barrios marginales o desigualdad social, cada ataque a los líderes del Partido Conservador, cada denuncia del imperialismo británico, era un regalo para Goebbels. Y no necesariamente un regalo inútil, pues la propaganda alemana sobre la «plutocracia británica» tuvo un efecto considerable en países neutrales, especialmente en la primera parte de la guerra.

Aquí hay dos ejemplos del tipo de fuente de la que los propagandistas del Eje eran propensos a tomar su material. Los japoneses, en una de sus revistas en inglés en China, serializaron *Decline and Fall of the British Empire*, de Briffault. Éste, si no era realmente comunista, era vehementemente pro-soviético, y el libro, por cierto, contenía algunas críticas a los propios japoneses; pero desde el punto de vista japonés esto no importaba, ya que la tendencia principal del libro era anti-británica. Al mismo tiempo, la radio alemana transmitía versiones abreviadas de libros que consideraban dañinos para el prestigio británico. Entre otros, transmitieron *A Passage to India* de E.M. Forster. Y hasta donde sé, ni siquiera tuvieron que recurrir a la cita deshonestas. Sólo porque el libro era esencialmente veraz, podía ser utilizado para los propósitos de la propaganda fascista. Según Blake,

6 Cuando el corresponsal de *Tribune* en Viena informó sobre la pésima situación de la ciudad y, con toda veracidad, describió el comportamiento monstruoso de parte de las tropas rusas ocupantes, varios lectores protestaron contra lo que consideraron una «difamación» del ejército Rojo.

Una verdad contada con mala intención
supera todas las mentiras que puedas inventar,

y cualquiera que haya visto sus propias declaraciones regresar a él en la radio del Eje sentirá la fuerza de esto. De hecho, cualquiera que alguna vez haya escrito en defensa de causas impopulares o haya sido testigo de acontecimientos que probablemente causen controversia, conoce la tentación temible de distorsionar o suprimir los hechos, simplemente porque cualquier declaración honesta contendrá revelaciones que pueden ser aprovechadas por opositores sin escrúpulos. Pero lo que uno tiene que considerar son los efectos a largo plazo. A la larga, ¿puede la causa del progreso ser servida por mentiras, o no puede serlo? Los lectores que atacaron tan violentamente al corresponsal de *Tribune* en Viena lo acusaron de falta de veracidad, pero también parecían implicar que los hechos que él presentaba no deberían publicarse incluso si eran verdaderos. 100.000 casos de violación en Viena no son una buena publicidad para el régimen soviético: por lo tanto, incluso si han ocurrido, no los menciones. Las relaciones anglo-rusas tienen más probabilidades de prosperar si los hechos inconvenientes se mantienen en secreto.

El problema es que si mientes a las personas, su reacción es mucho más violenta cuando la verdad se filtra, como es probable que ocurra al final. Aquí hay un ejemplo de propaganda inveraz que vuelve para afectar a quien la creó. Muchos ingleses de buena voluntad obtienen de la prensa de izquierda una imagen excesivamente favorable del Partido del Congreso Indio. No sólo creen que está en la posición correcta (como lo está), sino que también tienden a imaginar que es una especie de organización de izquierda con objetivos democráticos e internacionales. Tales personas, si de repente se enfrentan con un nacionalista indio real, de carne y hueso, son propensas a retroceder hacia las actitudes de un Blimp⁷. He visto que esto ocurre varias veces. Y es lo mismo con la propaganda pro-soviética. Aquellos que la han tragado entera siempre están en peligro de una repulsión repentina en la que pueden rechazar toda la idea del socialismo. De esta y otras maneras, diría que el efecto neto de la propaganda comunista y casi comunista ha sido simplemente retardar la causa del socialismo, aunque puede haber ayudado temporalmente a la política exterior rusa.

Siempre existen las razones más excelentes y elevadas para ocultar la verdad, y estas razones son presentadas casi con las mismas palabras por los partidarios de las causas más diversas. Algunos escritos míos se mantuvieron sin publicar porque se temía que a los rusos no les gustaran, y otros porque atacaban el imperialismo británico y podrían ser citados por norteamericanos anti-británicos. Ahora se nos dice que cualquier crítica franca al régimen de Stalin «aumentará las suspicacias rusas», pero apenas hace siete años nos decían (en algunos casos los mismos periódicos) que una crítica franca al régimen nazi aumentaría las suspicacias de Hitler. En una fecha tan tardía como 1941, algunos de los periódicos católicos declaraban que la presencia de ministros laboristas en el gobierno británico aumentaba las suspicacias de Franco y lo inclinaba más hacia el Eje. Mirando hacia atrás, es posible ver que si sólo los pueblos británico y norteamericano hubieran comprendido en 1933 o cerca de esa fecha lo que representaba Hitler, se podría haber evitado la guerra. De manera similar, el primer paso hacia unas relaciones anglo-rusas decentes es el abandono de las ilusiones. En principio, la mayoría de la gente estaría de acuerdo con esto: pero abandonar las ilusiones significa la publicación de hechos, y los hechos tienden a ser desagradables.

Todo el argumento de que no se debe hablar claramente porque «juega a favor» de esta o de aquella influencia siniestra es deshonesto, en el sentido de que la gente sólo lo usa cuando le conviene. Como he señalado, aquellos que más se preocupaban por el juego a favor de los Tories eran los que menos se preocupaban por el juego a favor de los nazis. Los católicos que decían «No ofendas a Franco porque eso ayuda a Hitler» habían estado, más o menos conscientemente, ayudando a Hitler durante años. Detrás de este argumento siempre yace la intención de hacer

7 El coronel Blimp es un personaje creado por David Low en 1934. Representa el militarismo patrioter más extremo, pomposo e ignorante. La excelente película de 1943 titulada *Vida y muerte del coronel Blimp*, aunque se inspira en el personaje tiene un planteamiento totalmente diferente.

propaganda para algún interés sectorial específico, y de amedrentar a los críticos hasta hacerlos callar diciéndoles que son «objetivamente» reaccionarios. Es una maniobra tentadora, y yo mismo la he usado más de una vez, pero es deshonesto. Creo que es menos probable usarla si uno recuerda que las ventajas de una mentira siempre son efímeras. ¡Con tanta frecuencia parece un deber positivo suprimir o distorsionar los hechos! Y, sin embargo, el progreso genuino sólo puede ocurrir mediante el aumento de la iluminación, lo que significa la destrucción continua de los mitos.

Mientras tanto, hay un curioso homenaje indirecto a los valores del liberalismo en el hecho de que los opositores de la libertad de expresión escriben cartas a *Tribune*. «No critiques», dicen en efecto esas personas: «no reveles hechos inconvenientes. ¡No le des ventajas al enemigo!» Sin embargo, ellos mismos están atacando la política de *Tribune* con toda la violencia a su alcance. ¿No se les ocurre que si los principios que defienden se pusieran en práctica, sus cartas nunca serían publicadas?

Libertad en Hyde Park.

Tribune, 7 de diciembre de 1945

Hace unas semanas, cinco personas que estaban vendiendo periódicos fuera de Hyde Park fueron arrestadas por la policía por obstrucción. Al ser llevados ante los magistrados, todos fueron encontrados culpables, cuatro de ellos quedaron sujetos a fianza por seis meses y el otro fue sentenciado a una multa de cuarenta chelines o un mes de prisión. Prefirió cumplir su condena, así que supongo que todavía está en la cárcel en este momento.

Los periódicos que estas personas estaban vendiendo eran *Peace News*, *Forward* y *Freedom*, además de otra literatura afín. *Peace News* es el órgano de la *Peace Pledge Union*, *Freedom* (hasta hace poco llamado *War Commentary*) es el de los anarquistas: en cuanto a *Forward*, su política desafía toda definición, pero en cualquier caso es violentamente de izquierda. El magistrado, al dictar sentencia, declaró que no se había dejado influir por la naturaleza de la literatura que se estaba vendiendo: le preocupaba únicamente el hecho de la obstrucción, y que esta ofensa se había cometido técnicamente.

Esto plantea varios puntos importantes. Para empezar, ¿cuál es la posición de la ley sobre el tema? Hasta donde puedo averiguar, vender periódicos en la calle es técnicamente una obstrucción, en cualquier caso si no te mueves cuando la policía te lo indica. Por lo tanto, sería legalmente posible que cualquier policía que lo deseara arrestara a cualquier vendedor de periódicos por vender el *Evening News*. Obviamente, esto no sucede, por lo que la aplicación de la ley depende de la discreción de la policía.

¿Y qué hace que la policía decida arrestar a un hombre en lugar de a otro? Sea como fuere con el magistrado, me resulta difícil creer que en este caso la policía no haya sido influenciada por consideraciones políticas. Es un poco demasiada coincidencia que hayan escogido a personas que vendían precisamente esos periódicos. Si también hubieran arrestado a alguien que estuviera vendiendo *Truth*, o el *Tablet*, o el *Spectator*, o incluso el *Church Times*, sería más fácil creer en su imparcialidad.

La policía británica no es como una *gendarmérie* continental o la Gestapo, pero no creo que se les desprestigie al decir que, en el pasado, han sido poco amistosos con las actividades de izquierda. Generalmente han mostrado una tendencia a ponerse del lado de aquellos a quienes consideraban los defensores de la propiedad privada. Hubo algunos casos escandalosos en la época de los disturbios de Mosley. En la única gran reunión de Mosley a la que asistí, la policía colaboró con los Camisas Negras en «mantener el orden», de una manera en la que ciertamente no habrían colaborado con socialistas o comunistas. Hasta hace muy poco, «rojo» e «ilegal» eran casi sinónimos, y siempre era el vendedor, digamos, del *Daily Worker*, nunca el vendedor del *Daily Telegraph*, quien era apartado y generalmente acosado. Aparentemente puede ser lo mismo, al menos a veces, bajo un gobierno laborista.

Una cosa que me gustaría saber —es algo de lo que oímos muy poco— es qué cambios se hacen en el personal administrativo cuando ha habido un cambio de gobierno. ¿El oficial de policía que tiene una vaga noción de que «el socialismo» significa algo contra la ley continúa igual cuando el propio gobierno es socialista? Es un principio sólido que el funcionario no debe tener afiliaciones partidarias, debe servir fielmente a los gobiernos sucesivos y no debe ser víctima de sus opiniones políticas. Aun así, ningún gobierno puede permitirse dejar a sus enemigos en posiciones clave, y

cuando el Laborismo está en un poder indiscutido por primera vez —y por lo tanto cuando está tomando el control de una administración formada por los Conservadores— claramente debe hacer suficientes cambios para prevenir sabotajes. El funcionario, incluso cuando es amigo del gobierno en el poder, es muy consciente de que él es una permanencia y puede frustrar a los Ministros de corta duración a quienes se supone que debe servir.

Cuando un Gobierno Laborista llega al poder, me pregunto qué pasa con la Sección Especial de Scotland Yard, con la Inteligencia Militar, con el Servicio Consular, con las diversas administraciones coloniales, y así sucesivamente. No se nos dice, pero los síntomas que hay no sugieren que se esté produciendo un reacomodo muy extenso. Todavía estamos representados en el extranjero por los mismos embajadores, y la censura de la BBC parece tener el mismo matiz sutilmente reaccionario que siempre tuvo. La BBC afirma, por supuesto, ser tanto independiente como apolítica. Me dijeron una vez que su «línea», si es que la tenía, era representar al ala izquierdista del gobierno en el poder. Pero eso fue en los días del Gobierno de Churchill. Si representa al ala izquierdista del Gobierno actual, no me he dado cuenta de tal hecho.

Sin embargo, el punto principal de este episodio es que no se debería interferir de ninguna manera con los vendedores de periódicos y folletos. Qué minoría en particular se señala —ya sean pacifistas, comunistas, anarquistas, Testigos de Jehová o la Legión de Reformadores Cristianos que recientemente declaró a Hitler como Jesucristo— es un asunto secundario. Es de importancia sintomática que estas personas hayan sido arrestadas en ese lugar en particular. No se permite vender literatura dentro de Hyde Park, pero durante muchos años ha sido habitual que los vendedores de periódicos se coloquen justo fuera de las puertas y distribuyan literatura relacionada con las reuniones al aire libre a cien metros de distancia. Todo tipo de publicación se ha vendido allí sin interferencias.

En cuanto a las reuniones dentro del Parque, son una de las maravillas menores del mundo. En diferentes ocasiones he escuchado allí a nacionalistas indios, reformadores antialcohólicos, comunistas, trotskistas, el Socialist Party of Great Britain, la Catholic Evidence Society, librepensadores, vegetarianos, mormones, el Ejército de Salvación, el Church Army y una gran variedad de lunáticos vulgares, todos tomando su turno en el estrado de manera ordenada y recibiendo una atención bastante benévola por parte del público. Si bien es cierto que Hyde Park es un área especial, una especie de Alsacia donde se permite deambular a opiniones proscritas, aun así, hay muy pocos países en el mundo donde se pueda ver un espectáculo similar. Conozco a europeos continentales, mucho antes de que Hitler tomara el poder, que se fueron de Hyde Park asombrados e incluso perturbados por las cosas que habían oído decir a nacionalistas indios o irlandeses sobre el Imperio Británico.

El grado de libertad de prensa que existe en este país a menudo se sobreestima. Técnicamente hay gran libertad, pero el hecho de que la mayor parte de la prensa esté en unas pocas manos opera de manera muy similar a una censura estatal. Por otro lado, la libertad de expresión es real. En el estrado, o en ciertos espacios al aire libre reconocidos como Hyde Park, puedes decir casi cualquier cosa; y, lo que quizás sea más significativo, nadie tiene miedo de expresar sus verdaderas opiniones en los pubs, en la parte superior de los trolebuses, y así sucesivamente.

La cuestión es que la libertad relativa que disfrutamos depende de la opinión pública. La ley no es protección. Los gobiernos hacen leyes, pero si se cumplen o no, y cómo se comporta la policía, depende del ambiente general del país. Si un gran número de personas está interesado en la libertad de expresión, habrá libertad de expresión, incluso si la ley lo prohíbe; si la opinión pública es lenta o indiferente, las minorías inconvenientes serán perseguidas, incluso si existen leyes para protegerlas. El declive en el deseo de libertad intelectual no ha sido tan marcado como habría predicho hace seis años, cuando comenzaba la guerra, pero aun así ha habido un declive. La noción de que ciertas opiniones no pueden ser escuchadas de manera segura está creciendo. La promueven intelectuales que confunden la cuestión al no distinguir entre oposición democrática y rebelión

abierta, y se refleja en nuestra creciente indiferencia hacia la tiranía y la injusticia en el extranjero. E incluso aquellos que se declaran a favor de la libertad de opinión generalmente abandonan su reivindicación cuando son los propios adversarios quienes están siendo perseguidos.

No estoy sugiriendo que el arresto de cinco personas por vender periódicos inofensivos sea una gran calamidad. Cuando ves lo que está pasando en el mundo hoy en día, apenas parece valer la pena quejarse por un incidente tan pequeño. Aun así, no es un buen síntoma que tales cosas sucedan cuando la guerra ha terminado, y me sentiría más contento si esto, y la larga serie de episodios similares que lo han precedido, fueran capaces de despertar un auténtico clamor popular, y no simplemente un leve revuelo en secciones de la prensa minoritaria.

El espíritu deportivo.

Tribune, 14 de diciembre de 1945

Ahora que la breve visita del equipo de fútbol Dynamo de Moscú ha llegado a su fin, es posible decir públicamente lo que muchas personas reflexivas venían diciendo en privado antes de que los Dynamos llegaran. Es decir, que ese deporte es una causa infalible de mala voluntad, y que si una visita como esta tenía algún efecto en las relaciones anglo-soviéticas, solo podría ser para empeorarlas un poco más que antes.

Incluso los periódicos han sido incapaces de ocultar el hecho de que al menos dos de los cuatro partidos jugados provocaron mucho malestar. En el partido del Arsenal, me dice alguien que estuvo allí, un jugador británico y un jugador ruso llegaron a los golpes y la multitud abucheó al árbitro. El partido de Glasgow, me informa otra persona, fue simplemente un todos contra todos desde el principio. Y luego estuvo la controversia, típica de nuestra era nacionalista, sobre la composición del equipo del Arsenal. ¿Era realmente un equipo completamente inglés, como afirmaban los rusos, o simplemente un equipo de liga, como afirmaban los británicos? ¿Y terminó el Dynamos su gira abruptamente para evitar jugar contra un equipo completamente inglés? Como de costumbre, todos responden a estas preguntas según sus predilecciones políticas. Sin embargo, no todos. Noté con interés, como un ejemplo de las pasiones violentas que provoca el fútbol, que el corresponsal deportivo del rusófilo *News Chronicle* adoptó la postura anti-rusa y mantuvo que el Arsenal no era un equipo completamente inglés. Sin duda, la controversia seguirá resonando durante años en las notas al pie de los libros de historia. Mientras tanto, el resultado de la gira de los Dynamos, en la medida en que haya tenido algún resultado, habrá sido crear una nueva animosidad entre ambas partes.

¿Y cómo podría ser de otro modo? Siempre me sorprende cuando escucho a la gente decir que el deporte crea buena voluntad entre las naciones, y que si solo los pueblos comunes del mundo pudieran darse cita en el fútbol o el cricket, no tendrían inclinación a darse cita en el campo de batalla. Incluso si uno no supiera por ejemplos concretos (los Juegos Olímpicos de 1936, por ejemplo) que los concursos deportivos internacionales llevan a orgías de odio, podría deducirlo de principios generales.

Casi todos los deportes que se practican hoy en día son competitivos. Se juega para ganar, y el juego tiene poco significado a menos que hagas todo lo posible por ganar. En el campo de un pueblo, donde se forman equipos al azar y no hay sentimiento de patriotismo local, es posible jugar simplemente por diversión y ejercicio: pero en cuanto surge la cuestión del prestigio, en cuanto sientes que tú y alguna unidad mayor serán humillados si pierden, se despiertan los instintos combativos más salvajes. Cualquiera que haya jugado siquiera en un partido de fútbol escolar lo sabe. A nivel internacional, el deporte es francamente una guerra simulada. Pero lo importante no es el comportamiento de los jugadores, sino la actitud de los espectadores: y, detrás de los espectadores, de las naciones que se enfurecen por estos absurdos concursos, y que creen seriamente —al menos por cortos períodos— que correr, saltar y patear un balón son pruebas de la virtud nacional.

Incluso un juego relajado como el cricket, que exige habilidad más que fuerza, puede causar muchos resentimientos, como vimos en la controversia sobre el lanzamiento *body-line* y sobre las tácticas bruscas del equipo australiano que visitó Inglaterra en 1921. El fútbol, un juego en el que

todos se lastiman y cada nación tiene su propio estilo de juego que parece injusto para los extranjeros, es mucho peor. Y lo peor de todo es el boxeo. Uno de los espectáculos más horribles del mundo es una pelea entre boxeadores blancos y de color ante un público mixto. Pero un público de boxeo siempre es repugnante, y el comportamiento de las mujeres, en particular, es tal que el ejército, creo, no les permite asistir a sus concursos. En cualquier caso, hace dos o tres años, cuando la Guardia Nacional y las tropas regulares estaban celebrando un torneo de boxeo, fui colocado de guardia en la puerta del salón, con órdenes de mantener a las mujeres afuera.

En Inglaterra, la obsesión por el deporte ya es bastante mala, pero en los países jóvenes se despiertan pasiones aún más intensas, puesto que tanto el deporte como el nacionalismo son desarrollos recientes. En países como India o Birmania, es necesario en los partidos de fútbol contar con fuertes cordones policiales para evitar que la multitud invada el campo. En Birmania, he visto a los aficionados de un equipo romper el cordón policial y dejar inconsciente al portero rival en un momento crítico. El primer gran partido de fútbol que se jugó en España hace unos quince años provocó un motín incontrolable. En cuanto se despiertan fuertes sentimientos de rivalidad, la idea de jugar conforme a las reglas siempre desaparece. La gente quiere ver a un bando en la cima y al otro humillado, y olvidan que la victoria obtenida por trampas o por la intervención de la multitud no tiene ningún valor. Incluso cuando los espectadores no intervienen físicamente, intentan influir en el partido animando a su propio equipo y «sacudiendo» a los jugadores rivales con abucheos e insultos. El deporte serio no tiene nada que ver con el juego limpio. Está ligado al odio, los celos, la fanfarronería, el desprecio por todas las reglas y el placer sádico al presenciar la violencia: en otras palabras, es una guerra sin tiros.

En lugar de hablar sin parar sobre la sana y saludable rivalidad del campo de fútbol y la gran parte que desempeñan los Juegos Olímpicos en la unión de las naciones, es más útil indagar cómo y por qué surgió este culto moderno al deporte. La mayoría de los juegos que ahora practicamos son de origen antiguo, pero no parece que el deporte se haya tomado muy en serio entre la época romana y el siglo XIX. Incluso en las escuelas públicas inglesas, el culto a los juegos no comenzó hasta finales del siglo pasado. El Dr. Arnold, generalmente considerado el fundador de la escuela pública moderna, veía los juegos simplemente como una pérdida de tiempo. Luego, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, los juegos se convirtieron en una actividad fuertemente financiada, capaz de atraer a multitudes enormes y despertar pasiones salvajes, y la infección se extendió de un país a otro. Son los deportes más violentamente combativos, el fútbol y el boxeo, los que se han difundido más ampliamente. No puede haber mucha duda de que todo esto está vinculado al surgimiento del nacionalismo, es decir, con el hábito moderno y lunático de identificarse con grandes unidades de poder y ver todo en términos de prestigio competitivo. Además, los juegos organizados tienen más posibilidades de florecer en comunidades urbanas donde el ser humano promedio lleva una vida sedentaria o al menos confinada, y no tiene muchas oportunidades de trabajo creativo. En una comunidad rural, un niño o un joven quema buena parte de su exceso de energía caminando, nadando, lanzándose bolas de nieve, trepando árboles, montando a caballo y practicando diversos deportes que implican crueldad hacia los animales, como la pesca, las peleas de gallos y la caza de ratas con hurones. En una gran ciudad, uno debe entregarse a actividades grupales si quiere un desahogo para su fuerza física o para sus impulsos sádicos. En Londres y Nueva York se toman los juegos en serio, y en Roma y Bizancio también se tomaban en serio: en la Edad Media se jugaba, y probablemente se jugaba con mucha brutalidad física, pero no estaban mezclados con la política ni eran causa de odios grupales.

Si quisieras aumentar el vasto fondo de mala voluntad existente en el mundo en este momento, difícilmente podrías hacerlo mejor que con una serie de partidos de fútbol entre judíos y árabes, alemanes y checos, indios y británicos, rusos y polacos, e italianos y yugoslavos, cada partido siendo observado por una audiencia mixta de 100.000 espectadores. No sugiero, por supuesto, que el deporte sea una de las principales causas de la rivalidad internacional; el deporte a

gran escala es en sí mismo, creo, simplemente otro efecto de las causas que han producido el nacionalismo. Aun así, empeoras las cosas al enviar un equipo de once hombres, etiquetado como campeones nacionales, para luchar contra algún equipo rival, y permitiendo que se perciba en todos los lados que cualquiera de las naciones derrotadas «perderá prestigio».

Espero, por lo tanto, que no demos continuidad a la visita del Dynamos mediante el envío de un equipo británico a la URSS. Si nos vemos obligados a hacerlo, entonces enviemos un equipo de segunda categoría que esté seguro de ser derrotado y no pueda reclamarse como representante de toda Gran Bretaña. Ya hay suficientes causas reales de problemas, y no necesitamos añadir más animando a los jóvenes a patearse las espinillas entre los rugidos de los espectadores enfurecidos.

Reseña de *Nosotros*, de E. I. Zamiatin.

Tribune, 4 de enero de 1946

Varios años después de escuchar acerca de su existencia, finalmente he puesto mis manos en una copia de [*Nosotros, de Zamiatin*](#), que es una de las curiosidades literarias de esta era de quema de libros. Consultándolo en *Twenty-Five Years of Soviet Russian Literature* de Gleb Struve, encuentro que su historia ha sido la siguiente:

Zamiatin, que murió en París en 1937, fue un novelista y crítico ruso que publicó varios libros antes y después de la Revolución. *Nosotros* fue escrito alrededor de 1923, y aunque no trata sobre Rusia y no tiene conexión directa con la política contemporánea —es una fantasía que transcurre en el siglo XXVI de C.— se le negó la publicación bajo el argumento de que era ideológicamente indeseable. Una copia del manuscrito logró salir del país, y el libro ha aparecido en traducciones al inglés, francés y checo, pero nunca en ruso. La traducción al inglés se publicó en Estados Unidos, y nunca he podido conseguir una copia; sin embargo, existen copias de la traducción al francés (el título es *Nous Autres*), y finalmente he logrado pedir prestada una. Hasta donde puedo juzgar, no es un libro de primer orden, pero ciertamente es inusual, y resulta sorprendente que ningún editor inglés haya sido lo suficientemente emprendedor como para reeditarla.

Lo primero que cualquiera notaría sobre *Nosotros* es el hecho —nunca señalado, creo— de que *Un mundo feliz* de Aldous Huxley debe estar en parte derivado de él. Ambos libros tratan de la rebelión del espíritu humano primitivo contra un mundo racionalizado, mecanizado e indoloro, y se supone que ambas historias tienen lugar dentro de unos seiscientos años. La atmósfera de los dos libros es similar, y hablando en términos generales es el mismo tipo de sociedad la que se describe, aunque el libro de Huxley muestra menos conciencia política y está más influenciado por teorías biológicas y psicológicas recientes.

En el siglo veintiséis, en la visión de Zamiatin, los habitantes de la Utopía han perdido su individualidad hasta tal punto que solo se les conoce por números. Viven en casas de vidrio (esto fue escrito antes de que se inventara la televisión), lo que permite a la policía política, conocida como los «Guardianes», supervisarlos más fácilmente. Todos visten uniformes idénticos, y a un ser humano comúnmente se le llama ya sea «un número» o «un unif» (uniforme). Viven de comida sintética, y su recreación habitual es marchar en cuartetos mientras se toca el himno del Estado Único por altavoces. A intervalos establecidos se les permite durante una hora (conocida como «la hora del sexo») bajar las cortinas de sus apartamentos de vidrio. Por supuesto, no existe el matrimonio, aunque la vida sexual no parece ser completamente promiscua. Para fines del amor, todos tienen una especie de cartilla con boletos rosados, y la pareja con la que pasa una de sus horas de sexo asignadas firma el talonario. El Estado Único está gobernado por una persona conocida como El Benefactor, quien es reelegido anualmente por toda la población, siendo el voto siempre unánime. El principio rector del Estado es que la felicidad y la libertad son incompatibles. En el Jardín del Edén, el hombre era feliz, pero en su locura exigió libertad y fue expulsado al desierto. Ahora, el Estado Único ha restaurado su felicidad al eliminar su libertad.

Hasta ahora, la semejanza con *Un mundo feliz* es sorprendente. Pero aunque el libro de Zamiatin está menos estructurado —posee una trama bastante débil y episódica que es demasiado compleja para resumir— tiene un punto político que el otro carece. En el libro de Huxley el problema de la «naturaleza humana» está en cierto sentido resuelto, porque se asume que mediante

tratamientos prenatales, drogas y sugestión hipnótica el organismo humano puede especializarse de cualquier manera que se desee. Un trabajador científico de primera categoría se produce con tanta facilidad como un medio idiota Épsilon, y en cualquier caso los vestigios de los instintos primitivos, como el sentimiento maternal o el deseo de libertad, se manejan fácilmente. Al mismo tiempo, no se da una razón clara de por qué la sociedad debería estar estratificada de la manera elaborada que se describe. El objetivo no es la explotación económica, pero el deseo de intimidar y dominar tampoco parece ser un motivo. No hay hambre de poder, no hay sadismo, nada de crueldad. Aquellos en la cima no tienen un motivo fuerte para permanecer en la cima, y aunque todos son felices de una manera vacía, la vida se ha vuelto tan carente de sentido que es difícil creer que tal sociedad pudiera perdurar.

El libro de Zamiatin es, en general, más relevante para nuestra propia situación. A pesar de la educación y la vigilancia de los Guardianes, muchos de los antiguos instintos humanos siguen ahí. El narrador de la historia, D-503, que, aunque es un ingeniero de talento, es una criatura pobre y convencional, una especie de utópico Billy Brown⁸ de Londres, se horroriza sin palabras ante los impulsos atávicos que le invaden. Se enamora (esto es un crimen, por supuesto) de cierta I-330 que es miembro de un movimiento de resistencia clandestino y logra durante un tiempo llevarlo a la rebelión. Cuando estalla la rebelión, parece que los enemigos del Benefactor son en realidad bastante numerosos, y estas personas, además de conspirar para derrocar al Estado, incluso se entregan, en el momento en que bajan el telón, a vicios como fumar cigarrillos y beber alcohol. D-503 finalmente se salva de las consecuencias de su propia locura. Las autoridades anuncian que han descubierto la causa de los recientes trastornos: es que algunos seres humanos sufren una enfermedad llamada imaginación. El centro nervioso responsable de la imaginación ya ha sido localizado, y la enfermedad puede curarse mediante un tratamiento con rayos X. D-503 se somete a la operación, tras la cual le resulta fácil hacer lo que siempre ha sabido que debía hacer: es decir, traicionar a sus cómplices a la policía. Con total ecuanimidad observa a I-330 torturada por un mecanismo de compresión bajo una campana de cristal:

«Me miró, con las manos agarrando los brazos de la silla, hasta que cerró los ojos por completo. Le devolvieron la conciencia mediante una descarga eléctrica y la pusieron de nuevo bajo la campana. Esta operación se repitió tres veces, y no salió ni una palabra de sus labios. Los demás que habían sido traídos junto a ella se mostraron más honorables. Muchos de ellos confesaron después de la primera aplicación. Mañana todos serán enviados a la Máquina del Benefactor.»

La Máquina del Benefactor es la guillotina. Hay muchas ejecuciones en la Utopía de Zamiatin. Tienen lugar públicamente, en presencia del Benefactor, y van acompañadas de odas triunfales recitadas por los poetas oficiales. La guillotina, por supuesto, no es el viejo instrumento rudimentario, sino un modelo mucho más avanzado que literalmente liquida a su víctima, reduciéndola en un instante a una nube de humo y un charco de agua clara. La ejecución es, de hecho, un sacrificio humano, y la escena que la describe se da deliberadamente con el color de las siniestras civilizaciones esclavas del mundo antiguo. Es esta comprensión intuitiva del lado irracional del totalitarismo —el sacrificio humano, la crueldad como un fin en sí mismo, la adoración a un Líder a quien se le atribuyen características divinas— lo que hace que el libro de Zamiatin sea superior al de Huxley.

Es fácil ver por qué se rechazó la publicación del libro. La siguiente conversación (la resumo ligeramente) entre D-503 y I-330 habría sido suficiente para poner a trabajar los lápices azules:

«—¿Te das cuenta de que lo que estás sugiriendo es una revolución?

—Por supuesto, es una revolución. ¿Por qué no?

—Porque no puede haber una revolución. Nuestra revolución fue la última y nunca puede haber otra. Todo el mundo lo sabe.

8 Personaje creado durante la segunda guerra mundial por David Langdon, para los carteles que en los medios de transporte londinenses daban consejos y consignas a la ciudadanía.

- Querido, eres matemático: dime, ¿cuál es el último número?
- ¿Qué quieres decir con el último número?
- ¡Bueno, entonces, el número más grande!
- Pero eso es absurdo. Los números son infinitos. No puede haber uno último.
- Entonces, ¿por qué hablas de una última revolución?»

Hay otros pasajes similares. Sin embargo, puede muy bien ser que Zamiatin no tuviera la intención de que el régimen soviético fuera el objetivo particular de su sátira. Escribiendo alrededor de la época de la muerte de Lenin, no podía tener en mente la dictadura de Stalin, y las condiciones en Rusia en 1923 no eran tales que alguien se rebelara contra ellas argumentando que la vida se estaba volviendo demasiado segura y cómoda. Lo que Zamiatin parece apuntar no es ningún país en particular, sino los objetivos implícitos de la civilización industrial. No he leído ninguno de sus otros libros, pero según Gleb Struve, sé que pasó varios años en Inglaterra y escribió algunas sátiras mordaces sobre la vida inglesa. Es evidente por *Nosotros* que tenía una fuerte inclinación hacia el primitivismo. Encarcelado por el Gobierno zarista en 1906, y luego encarcelado por los bolcheviques en 1922 en el mismo corredor de la misma prisión, tenía motivos para despreciar los regímenes políticos bajo los cuales había vivido, pero su libro no es simplemente la expresión de un resentimiento. Es, en efecto, un estudio de la Máquina, el genio que el hombre ha dejado salir descuidadamente de la botella y que no puede volver a meter. Este es un libro a tener en cuenta cuando aparezca una versión en inglés.

La política del hambre.

Tribune, 18 de enero de 1946

Hace unos días recibí un paquete de literatura del Comité «Salvar Europa Ahora», que ha intentado —sin mucha ayuda por parte del Gobierno y de la prensa— que aumente el suministro de alimentos desde este país hacia Europa. Citan una serie de declaraciones de fuentes autorizadas, a las que volveré en un momento, y que demuestran que mientras nosotros estamos razonablemente bien y Estados Unidos disfruta de una orgía de sobrealimentación, una buena parte de Europa está cayendo en una brutal hambruna.

Sin embargo, en el *Observer* del 13 de enero, acabo de leer un artículo firmado por el Mariscal del Aire Sir Philip Joubert, expresando la opinión contraria:

«Para alguien que regresa del extranjero en este séptimo invierno de guerra (escribe Sir Philip), la apariencia del pueblo británico es trágica. Parecen taciturnos, carentes de vitalidad; y la risa surge con dificultad. Los niños parecen pálidos y sebosos: gordos pero no están en forma. Resulta penosa la comparación con los jóvenes de mejillas rosadas de Dinamarca, que tienen toda la carne y grasa que necesitan, y abundante fruta de temporada.»

Su tesis principal es que necesitamos más carne, grasas y huevos —es decir, más de los alimentos racionados— y menos almidón. Las cifras oficiales que muestran que, de hecho, estamos más saludables que antes de la guerra transmiten una impresión falsa: primero, este es un argumento bastante extraordinario, porque la salud y la nutrición estaban indudablemente en mal estado antes de la guerra, por lo que la mejora actual no es nada del otro mundo; segundo, porque la caída de la tasa de mortalidad significa simplemente una «mayor expectativa de existencia» y no se debe «confundir existencia con vida». A menos que podamos alcanzar «vivacidad, vitalidad, vigor», para lo cual se requieren carne, grasa, frutas y azúcar de caña, no podremos realizar el esfuerzo necesario para la tarea de la reconstrucción. Sir Philip termina así su artículo:

«En cuanto a aquellos que recortarían todavía más nuestras raciones actuales para dar aun más a los alemanes, deben ser muchos los que responderían a sus demandas: Preferiría que mis hijos, educados en libertad y buena voluntad hacia los demás, disfrutasen de plena energía antes que los alemanes, que podrían estar usando su fuerza para hacer la guerra al mundo otra vez en otra generación.»

Se ve que da por supuesto: (a) que cualquier exportación adicional de alimentos significa un recorte en las raciones aquí, y (b) que sólo se propone enviar alimentos a Alemania. Y de hecho, esa es la forma en que el gran público ha oído hablar de este proyecto, aunque los responsables hayan enfatizado desde el principio que sólo estaban proponiendo una entrega voluntaria de ciertos alimentos, por parte de aquellos sectores de la población a quienes no les haría daño, y no lo estaban proponiendo únicamente en beneficio de Alemania.

Veamos ahora algunos datos del último boletín del Comité «Salvar Europa Ahora». En Budapest, en noviembre, los farmacéuticos estaban cerrando por falta de suministros, los hospitales no tenían ni ventanas, ni combustible ni anestésicos, y se calculaba que en la ciudad había 30.000 niños abandonados, algunos de los cuales se habían agrupado en bandas criminales. En diciembre, los «observadores independientes» consideraban que, a menos que se trajeran rápidamente suministros de alimentos, un millón de personas moriría de hambre en Hungría este invierno. En Viena (noviembre), «la comida para los cirujanos de hospital consiste en café sin endulzar, una sopa

muy ligera y pan. Menos de 500 calorías en total», mientras que el Secretario de Estado austriaco, en diciembre, describía las áreas densamente pobladas del este de Austria como amenazadas por «miseria sin límites, epidemias, crimen, decadencia física y moral». En Checoslovaquia, en noviembre, el Ministro de Relaciones Exteriores apeló a Gran Bretaña y a los Estados Unidos para enviar grasas y carne para salvar a 700.000 «niños muy mal alimentados, de los cuales el cincuenta por ciento ya tiene tuberculosis». En Alemania, los niños del Sarre están «muriendo de hambre lentamente». En la zona británica, el Mariscal de Campo Montgomery dijo que estaba «totalmente dependiente de las importaciones de trigo si quería mantener las escalas actuales de racionamiento para el pueblo alemán, que van de 1.200 a 1.500 calorías». Esto fue en noviembre. También por entonces, el General Eisenhower, hablando de la zona francesa, dijo que «la ración normal de 1.100 calorías al día para el consumidor promedio no se cumple de manera constante». Y así sucesivamente. Mientras tanto, parece que nuestro propio consumo promedio es de alrededor de 2.800 o 2.900 calorías al día, mientras que las cifras más recientes de muertes por tuberculosis, y de muertes de madres durante el parto y de niños de todas las edades hasta cinco años, son las más bajas jamás registradas. En cuanto a los Estados Unidos, el consumo de mantequilla acaba de aumentar considerablemente y el racionamiento de carne ha llegado a su fin. El Secretario de Agricultura estima que «el levantamiento del racionamiento hará que la carne esté disponible para los civiles a razón de 165 libras anuales; el suministro previo a la guerra estaba en el entorno de 125 libras».

Incluso si las cifras anteriores no causan mucha impresión, ¿quién no ha visto las fotografías de niños esqueléticos en Grecia y otros lugares, niños a quienes nadie pensaría en aplicar el término de Sir Philip Joubert, «seboso»? Sin embargo, sin duda ha habido una resistencia considerable a la idea de que debamos enviar más comida a Europa. El Comité «Salvar Europa Ahora», aunque actualmente persigue objetivos más limitados, comenzó con la sugerencia de que aquellos que se sintieran inclinados a hacerlo, deberían sacrificar sus puntos⁹ o algunos de sus puntos, y que el Gobierno enviara la comida así ahorrada a las zonas afectadas por la hambruna. El plan fue rechazado oficialmente, pero también recibió una fría acogida de muchas personas particulares. Las personas que estarían en posición de darle buena publicidad estaban francamente asustadas de ello, y se permitió que el público en general imaginara que lo que se proponía era quitar comida a las amas de casa británicas para dársela a criminales de guerra alemanes. De hecho, toda la manera en que se ha discutido este asunto ilustra la curiosa deshonestidad que infecta cada tema político hoy en día.

Hay dos cosas que hacen que lo que uno podría llamar la Izquierda oficial, Laborista o Comunista, se ponga nerviosa ante cualquier plan que pudiera significar enviar comida extra a Alemania. Una es el miedo a la reacción de la clase trabajadora. Se dice que las clases trabajadoras rechazarían incluso un acuerdo voluntario que significara, en efecto, que las personas de los grupos de mayores ingresos, que compren alimentos sin racionar y comen parte de sus comidas en restaurantes, deberían renunciar a su excedente. Se teme que la mujer promedio en la cola de la pescadería responda: «Si de verdad hay comida de sobra, dadnosla a nosotros. ¿O por qué no dársela a los mineros de carbón?» No sé si esta sería realmente la reacción, si los temas se explicaran a fondo. Sospecho que algunas de las personas que argumentan así tienen en mente la consideración sórdida de que si vamos a sacrificar comida en cantidades suficientes para marcar alguna diferencia, significaría no sólo renunciar a puntos sino también reducir la alimentación en restaurantes. En la práctica, sea cual sea la intención, nuestro sistema de racionamiento es completamente antidemocrático, y un conflicto general sobre el asunto de la exportación de alimentos podría llamar la atención sobre este hecho. Esa es parte de la razón, creo, por la que esta cuestión no se ha discutido plenamente en la prensa.

9 Cuando la comida estaba racionada en Gran Bretaña, los productos básicos se asignaban mediante «cupones», pero los lujos como la fruta enlatada o la carne enlatada se asignaban mediante un sistema de «puntos».

Pero otra consideración, que aun se quiere ocultar más, también entra en juego. La comida es un arma política, o se piensa que es un arma política. Las zonas más hambrientas están o en el territorio ruso o en las partes de Europa divididas entre la URSS y los Aliados occidentales. Muchas personas calculan que si enviamos más comida, por ejemplo, a Hungría, la influencia británica o norteamericana en Hungría aumentará; mientras que si dejamos a los húngaros morir de hambre y los rusos los alimentan, es más probable que se sientan atraídos por la URSS. Todos aquellos que son firmemente rusófilos, por lo tanto, están en contra de enviar comida extra a Europa, mientras que algunas personas probablemente están a favor de enviar comida simplemente porque lo ven como una forma de debilitar el prestigio ruso. Nadie ha sido lo suficientemente honesto como para declarar tales motivos, pero solo hay que mirar las listas de quienes han apoyado la campaña «Salvar Europa Ahora» —y de quienes no lo han hecho— para ver cómo están las cosas.

La locura de todos estos cálculos radica en suponer que alguna vez se pueden obtener buenos resultados del hambre. Cualquiera que sea el acuerdo político final en Europa, sólo puede empeorar si ha sido precedido por años de hambre, miseria, bandolerismo e ignorancia. El Mariscal del Aire Joubert nos aconseja alimentarnos a nosotros mismos en lugar de alimentar a los niños alemanes que estarán luchando contra nosotros dentro de una generación. Esta es la visión «realista». En 1918, los «realistas» también estaban a favor de mantener el bloqueo después del Armisticio. Mantuvimos el bloqueo, y los niños que entonces se morían de hambre fueron los jóvenes que nos bombardearon en 1940. Tal vez nadie podría haber previsto exactamente ese resultado, pero las personas de buena voluntad sí podían y previeron que los resultados de privar de alimento a Alemania de manera deliberada y de hacer una paz vengativa serían pésimos. Lo mismo ocurre con aumentar nuestras propias raciones, como quizás haremos pronto, mientras la hambruna desciende sobre Europa. Pero si decidimos hacer esto, al menos que los asuntos se discutan claramente, y que las fotografías de los niños hambrientos se publiquen ampliamente en la prensa, para que el pueblo de este país se dé cuenta de lo que realmente está haciendo.

Editorial de *Polemic*.

Polemic, núm. 3, mayo de 1946

El número de diciembre de la *Modern Quarterly* dedica un párrafo de su editorial a un ataque contra *Polemic*, que, al parecer, es culpable de «intentos persistentes de confundir cuestiones morales, de destruir la distinción entre el bien y el mal». Es quizás de cierta importancia que *Polemic* —y no, digamos, *Truth*, *Tablet* o *Nineteenth Century and After*— sea la única publicación que la *Modern Quarterly*, controlada por comunistas, señala para atacar. Pero antes de tratar este punto, vale la pena echar un vistazo al código moral cuyo campeón la *Modern Quarterly* pretende ser. La declaración citada anteriormente implica que existen dos entidades definidas llamadas «bien» y «mal», que son claramente distinguibles entre sí y tienen un carácter más o menos permanente. Sin alguna suposición de este tipo, la cosa no tiene sentido. En el siguiente párrafo del editorial encontramos la declaración de que «toda la base de la ética necesita ser reexaminada»; lo que implica, por supuesto, que la distinción entre lo correcto y lo incorrecto no es obvia ni incuestionable, y que desglosarla, o definirla de una nueva manera, puede muy bien ser un deber. Más adelante en el mismo número, en un ensayo titulado «Creencia y Acción», encontramos al Profesor J. D. Bernal afirmando en efecto que casi cualquier norma moral puede y debe ser eliminada cuando la conveniencia política lo exige. No hace falta decir que el Profesor Bernal no lo expresa de manera tan directa, pero si sus palabras significan algo, eso es lo que significan. Aquí hay uno de varios pasajes en los que se expone su doctrina. El énfasis es nuestro:

«Un cambio radical en la moralidad es en cualquier caso requerido por las nuevas relaciones sociales en las que los hombres ya están entrando en una sociedad organizada y planificada. La importancia relativa de diferentes virtudes está destinada a verse afectada. Las antiguas virtudes incluso pueden aparecer como vicios y se pueden instituir nuevas virtudes. Muchas de las virtudes básicas —la veracidad y la buena compañía— son, por supuesto, tan antiguas como la humanidad y no necesitan cambiar, pero *aquellas basadas en una preocupación excesiva por la rectitud individual necesitan reorientarse en la dirección de la responsabilidad social.*»

En palabras sencillas, el pasaje enfatizado significa que el espíritu público y la decencia común tiran en direcciones opuestas; mientras que el párrafo en su conjunto significa que debemos alterar nuestra concepción de lo correcto y lo incorrecto de año en año, y si es necesario, de minuto en minuto. Y no cabe duda de que el profesor Bernal y sus compañeros pensadores han mostrado gran prontitud al hacer esto. Durante los últimos cinco o seis años, lo correcto y lo incorrecto se han transformado entre sí a una velocidad vertiginosa, y es incluso probablemente cierto que acciones que en un momento eran incorrectas después se han convertido retrospectivamente en correctas, y viceversa. Así, en 1939, la radio de Moscú denunció el bloqueo naval británico contra Alemania como una medida inhumana que afectaba a mujeres y niños, mientras que, en 1945, quienes se oponían a que unos diez millones de campesinos alemanes fueran expulsados de sus hogares fueron denunciados por la misma radio como pro-nazis. Así que la inanición de mujeres y niños alemanes había pasado de ser una acción mala a una buena, y probablemente la inanición anterior también se había vuelto buena con el paso del tiempo. Podemos suponer que el profesor Bernal estaba de acuerdo con la radio de Moscú en ambos casos. De manera similar, en 1945, la invasión alemana de Noruega fue un ataque traicionero contra un neutral indefenso mientras que, en 1940, fue una respuesta bien justificada a una invasión previa por parte de los británicos. Se podrían multiplicar

tales ejemplos indefinidamente. Pero es evidente que, desde el punto de vista del profesor Bernal, cualquier virtud puede convertirse en un vicio, y cualquier vicio en una virtud, según las necesidades políticas del momento. Cuando hace una excepción específica de la «veracidad», presumiblemente se siente motivado por mera prudencia. La implicación de todo el pasaje es que decir mentiras también podría ser una virtud. Pero eso no es el tipo de cosa que conviene poner por escrito.

Un poco más adelante en el ensayo leemos: «Porque la acción colectiva en el ámbito industrial y político es la única acción efectiva, es la única acción virtuosa.» Esto contiene la doctrina de que una acción —en todo caso, en asuntos políticos e industriales— sólo es correcta cuando tiene éxito. Sería injusto interpretar esto como que toda acción exitosa es correcta, pero el tono general del ensayo no deja mucha duda de que poder y virtud están inextricablemente mezclados en la mente del Profesor Bernal. La acción correcta no radica en obedecer la propia conciencia, o un código moral tradicional: la acción correcta radica en impulsar la historia en la dirección hacia la que realmente se dirige. ¿Y cuál es esa dirección? Naturalmente, la dirección de la sociedad sin clases que todos los seres decentes desean. Pero, aunque ese es el rumbo hacia el que vamos, se requiere esfuerzo para llegar allí. ¿Y qué tipo de esfuerzo exactamente? Bueno, por supuesto, la cooperación estrecha con la Unión Soviética, lo que, como cualquier comunista interpretaría y debe interpretar, significa la subordinación a la Unión Soviética. Aquí hay algunos fragmentos de la perorata del Profesor Bernal:

«La guerra se ha ganado y el mundo está a punto de entrar en el periodo duro pero glorioso de recuperación y reconstrucción... La gran alianza de las Naciones Unidas que se ha logrado a través de las amargas necesidades de la guerra se ha vuelto ahora aún más importante como garantía contra futuras guerras que podrían ser mucho peores que aquella por la que hemos pasado. Mantener esa alianza y protegerla contra sus enemigos abiertos y los más sutiles propagadores de desconfianza mutua requerirá vigilancia constante y esfuerzos continuos para alcanzar un entendimiento cada vez más cercano... En la medida en que podamos ver las cosas de la misma manera, podemos avanzar juntos en compañerismo y esperanza.»

¿Qué exactamente quiere decir el profesor Bernal con «compañerismo» y una «comprensión cada vez más estrecha» entre Gran Bretaña y la URSS? ¿Quiere decir, por ejemplo, que se debería permitir a observadores británicos independientes, en gran número, viajar libremente por el territorio soviético y enviar informes a casa sin censura? ¿O que se debería animar a los ciudadanos soviéticos a leer periódicos británicos, escuchar la BBC y ver las instituciones de este país con simpatía? Obviamente, no quiere decir eso. Todo lo que puede querer decir, por lo tanto, es que la propaganda rusa en este país debería intensificarse, y que los críticos del régimen soviético (mencionados de manera oscura como «sutiles difusores de desconfianza mutua») deberían ser silenciados. Dice algo muy parecido en varios otros lugares de su ensayo. Así que, si reducimos su mensaje a lo esencial, obtenemos las siguientes proposiciones:

Aparte de la «veracidad y la buena camaradería», ninguna cualidad puede ser definitivamente etiquetada como buena o mala. Cualquier acción que sirva a la causa del progreso es virtuosa.

Progreso significa avanzar hacia una sociedad sin clases y planificada científicamente.

La manera más rápida de llegar allí es cooperar con la Unión Soviética.

Cooperar con la Unión Soviética significa no criticar al régimen de Stalin.

Para decirlo aún más brevemente: todo lo que favorezca los objetivos de la política exterior rusa es correcto. Probablemente el profesor Bernal no admitiría que esto es lo que quiere decir, pero en efecto es lo que está diciendo, aunque le lleve quince páginas hacerlo.

Algo que es especialmente notable en el artículo del Profesor Bernal es su inglés, al mismo tiempo pomposo y descuidado, en el que está escrito. No es pedante llamar la atención sobre esto, porque la conexión entre los hábitos totalitarios de pensamiento y la corrupción del lenguaje es un

tema importante que no ha sido estudiado suficientemente. Como todos los escritores de su escuela, el Profesor Bernal tiene una fuerte tendencia a recurrir al latín cuando hay que decir algo desagradable. Vale la pena volver a mirar el pasaje en cursiva en la primera de las citas dadas arriba. Decir «la lealtad al partido significa hacerle daño a tu propia conciencia» sería demasiado crudo; decir «(virtudes) basadas en una preocupación excesiva por la rectitud individual necesitan reorientarse en la dirección de la responsabilidad social» llega a lo mismo, pero requiere mucho menos valor al decirlo. Las palabras largas y vagas expresan el significado pretendido y al mismo tiempo difuminan la miseria moral de lo que se está diciendo. Una observación que aparece en *Vice Versa* de F. Anstey, «Una medida drástica es echar mano del latín para algo tremendo», ilustra bastante bien el principio esencial de este estilo de escritura. Pero hay otra característica de los escritores favorables al totalitarismo que ha sido menos notada. Esta es una tendencia a jugar con la sintaxis y producir frases desordenadas o completamente carentes de sentido. Se verá que una de las frases citadas del Profesor Bernal ha tenido que ser indicada con un «sic» para demostrar que no hay error tipográfico, y hay otros ejemplos más extremos. En la *Partisan Review* del invierno de 1944, el crítico estadounidense Edmund Wilson hace algunas observaciones interesantes sobre este tema, a propósito de la película *Misión en Moscú*.

Misión en Moscú se basó en un libro de Joseph E. Davies, quien había sido embajador de Estados Unidos en Moscú durante el período de las purgas. En el libro, expresó graves dudas sobre la justicia de los veredictos en los juicios por sabotaje, mientras que en la película (en la que aparece como personaje) se le representa como alguien que no siente ninguna duda. Para cuando se hizo la película, Estados Unidos y la URSS eran aliados, y parte de su objetivo era «ensalzar» las purgas rusas como un exterminio totalmente justificado de traidores. La primera versión incluso contenía «escenas» de Trotsky participando en negociaciones secretas con Ribbentrop: estas fueron eliminadas después, quizás en deferencia a los sentimientos de la comunidad judía, o posiblemente porque se parecían demasiado a las fotografías reales de Ribbentrop negociando con Stalin. Davies dio su *imprimatur* a la película, que en efecto era una falsificación de lo que él había dicho. Al discutir esto, Wilson ofrece algunos ejemplos de la prosa de Davies, con el fin de mostrar la luz que probablemente arrojan sobre su mentalidad. Bastarán dos extractos:

«La paz de Europa, si se mantiene, está en peligro inminente de ser una paz impuesta por los dictadores, en condiciones en las que todos los países más pequeños se apresurarán rápidamente a ponerse bajo el escudo de la égida alemana, y en condiciones en las que, incluso si hay un concierto de poder, como les predije hace dos años, con Hitler liderando la banda.

Y ahora el Sr. Davies respecto a Eugen Onegin:

«Tanto la ópera como el ballet se basaban en las obras de Pushkin, y la música era del gran Tchaikovsky. La ópera era *Eugen Onegin*, una historia romántica de dos jóvenes de posición cuya amistad se rompió debido a un malentendido y una disputa de amantes, que resultó en un duelo en el que el poeta fue asesinado. Fue significativa del propio final de Pushkin y, curiosamente, fue escrita por él.»

La confusión en este pasaje es tal que se necesitan varios minutos para resolver los distintos errores. Pero aquí está el Profesor Bernal:

«Nuestra democracia británica, por larga práctica, nos permite asegurar, sin coacción ni derramamiento de sangre, pero torpemente, demasiado lentamente y con un fuerte sesgo hacia los privilegios antiguos.»

¿Qué palabra o frase falta aquí? No lo sabemos, y probablemente el Profesor Bernal tampoco lo sepa, pero en cualquier caso la oración carece de sentido. Y curiosamente, un tipo de inglés bastante similar aparece en el editorial:

«Si la ciencia tiene mucho que enseñarnos que nosotros aún tenemos que aprender, la ciencia también debe ser consciente de que hoy es ferozmente atacada por aquellos que temen que el

hombre tenga a su disposición un poder más allá de su capacidad moral para controlarlo. Esta es precisamente una de esas ideas superficiales y pretenciosas que necesita una crítica implacable.»

Un *non sequitur*, una frase tautológica y dos errores gramaticales, todo en sesenta palabras. Y la redacción del editorial en ningún momento supera ampliamente este nivel. No se sugiere, por supuesto, que las causas de la escritura descuidada o sin sentido sean las mismas en todos los casos. A veces se culpa a «errores freudianos», a veces a la pura incompetencia mental, y a veces a un sentimiento instintivo de que el pensamiento claro es peligroso para la ortodoxia. Pero parece existir una conexión directa entre la aceptación de doctrinas totalitarias y la escritura en un mal inglés, y creemos que es importante señalarlo.

Volviendo al ataque de *Modern Quarterly* contra *Polemic*. Hemos demostrado que el Profesor Bernal enseña, y que el editorial parece respaldar, la doctrina de que casi cualquier cosa está bien si es políticamente conveniente. ¿Por qué entonces acusan simultáneamente a *Polemic* de «confundir asuntos morales», como si lo «correcto» y lo «incorrecto» fueran entidades fijas que toda persona decente ya sabe cómo distinguir? La razón sólo puede ser que están un poco nerviosos por las reacciones de sus lectores más sensibles, y piensan que sus verdaderos objetivos no deberían ser expresados demasiado directamente. Lo mismo ocurre con su afirmación de que escucharán todos los puntos de vista, o muchos puntos de vista¹⁰:

«Hay (dice el editorial) un amplio margen para las diferencias de opinión dentro de nuestros términos de referencia. Una cierta libertad especulativa y audacia en la presentación no solo es permitida sino sumamente deseable. Nadie debería sentirse disuadido por pensar que sus opiniones puedan chocar con cualquier tipo de ortodoxia, ya sea de derecha o de izquierda, de exponer su caso. Por otro lado, si los cánones más sagrados parecen ser desafiados de manera imprudente e ignorante, siempre existe un remedio: una respuesta instantánea y efectiva.»

Sería interesante someter esta afirmación a algunas pruebas. ¿Publicaría, por ejemplo, la *Modern Quarterly* una historia completa del arresto y ejecución de Ehrlich y Alter, los líderes socialistas polacos? ¿Reimprimiría algún extracto de los panfletos *Stop the War* del Partido Comunista de 1940? ¿Publicaría artículos de Anton Ciliga o Victor Serge? No lo haría. Por lo tanto, la afirmación citada anteriormente es simplemente una falsedad, cuyo objetivo es causar la impresión de amplitud de criterio en lectores inexpertos.

10 Se le ofreció al profesor Bernal las páginas de los dos primeros números de *Polemic*. Ahora se le invita a contribuir al siguiente. [Nota al pie del autor.]

Hacia la Unidad Europea.

Partisan Review, julio-agosto de 1947

Un socialista hoy se encuentra en la posición de un médico tratando un caso casi desesperado. Como médico, su deber es mantener al paciente con vida, y por lo tanto asumir que el paciente tiene al menos una posibilidad de recuperación. Como científico, su deber es confrontar los hechos, y por lo tanto admitir que probablemente el paciente morirá. Nuestras actividades como socialistas solo tienen sentido si asumimos que el socialismo puede establecerse, pero si nos detenemos a considerar lo que probablemente sucederá, entonces debemos admitir, creo, que las probabilidades están en nuestra contra. Si yo fuera un corredor de apuestas, simplemente calculando las probabilidades y dejando de lado mis propios deseos, daría probabilidades en contra de la supervivencia de la civilización dentro de los próximos cientos de años. Hasta donde puedo ver, hay tres posibilidades ante nosotros:

1. Que los norteamericanos decidan usar la bomba atómica mientras ellos la tienen y los rusos no. Esto no resolvería nada. Eliminaría el peligro particular que actualmente presenta la URSS, pero conduciría al surgimiento de nuevos imperios, nuevas rivalidades, más guerras, más bombas atómicas, etc. En cualquier caso, esto es, creo, el resultado menos probable de los tres, porque una guerra preventiva es un crimen que no se comete fácilmente por un país que conserva cualquier vestigio de democracia.

2. Que la presente «guerra fría» continuará hasta que la URSS y varios otros países también tengan bombas atómicas. Entonces sólo habrá un breve respiro antes de ¡zas! van los cohetes, ¡bum! van las bombas, y los centros industriales del mundo quedan destruidos, probablemente más allá de toda reparación. Incluso si algún estado, o grupo de estados, emerge de tal guerra como vencedor técnico, probablemente no podrá reconstruir la civilización mecánica de nuevo. El mundo, por lo tanto, estará una vez más habitado por unos pocos millones, o unos pocos cientos de millones de seres humanos que viven de la agricultura de subsistencia y, probablemente, después de un par de generaciones, sin conservar más de la cultura del pasado que un conocimiento de cómo fundir metales. Se puede pensar que este es un resultado deseable, pero obviamente no tiene nada que ver con el Socialismo.

3. Que el miedo inspirado por la bomba atómica y otras armas que aún están por venir sea tan grande que todos se abstengan de usarlas. Esto me parece la peor posibilidad de todas. Significaría la división del mundo entre dos o tres vastos superestados, incapaces de conquistarse mutuamente e incapaces de ser derrocados por cualquier rebelión interna. Con toda probabilidad, su estructura sería jerárquica, con una casta semi-divina en la cima y esclavitud absoluta en la base, y la supresión de la libertad excedería todo lo que el mundo ha visto hasta ahora. Dentro de cada estado, la atmósfera psicológica necesaria se mantendría mediante un aislamiento completo del mundo exterior y mediante una guerra falsa continua contra estados rivales. Civilizaciones de este tipo podrían permanecer estáticas durante miles de años.

La mayoría de los peligros que he descrito existían y eran previsibles mucho antes de que se inventara la bomba atómica. La única manera de evitarlos que puedo imaginar es mostrar en algún lugar, a gran escala, el espectáculo de una comunidad donde las personas sean relativamente libres y felices y donde el motivo principal en la vida no sea la búsqueda de dinero o poder. En otras palabras, el socialismo democrático debe hacerse funcionar en toda una gran área. Pero el único

lugar en el que podría concebirse que funcione, en un futuro cercano, es Europa occidental. Aparte de Australia y Nueva Zelanda, la tradición del socialismo democrático solo puede decirse que existe —y aun allí solo existe de manera precaria— en Escandinavia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Suiza, los Países Bajos, Francia, Gran Bretaña, España e Italia. Solo en esos países todavía hay un gran número de personas a quienes la palabra «socialismo» les resulta atractiva y para quienes está vinculada con la libertad, la igualdad y el internacionalismo.

En otros lugares o no tiene ningún apoyo o significa algo diferente. En Norteamérica las masas están satisfechas con el capitalismo, y no se puede decir qué rumbo tomarán cuando el capitalismo comience a colapsar. En la URSS prevalece una especie de colectivismo oligárquico que solo podría desarrollarse hacia el Socialismo democrático en contra de la voluntad de la minoría gobernante. En Asia, incluso la palabra «Socialismo» apenas ha penetrado. Los movimientos nacionalistas asiáticos son o de carácter fascista, o miran hacia Moscú, o logran combinar ambas actitudes; y en la actualidad todos los movimientos entre los pueblos de color están teñidos de misticismo racial. En la mayor parte de Sudamérica la situación es esencialmente similar, al igual que en África y en el Medio Oriente. El Socialismo no existe en ningún lugar, pero incluso como idea actualmente solo es válido en Europa. Por supuesto, no se puede decir propiamente que el Socialismo esté establecido hasta que sea universal, pero el proceso debe comenzar en algún lugar, y no puedo imaginarlo comenzando excepto a través de la federación de los estados de Europa occidental, transformados en repúblicas socialistas sin dependencias coloniales. Por lo tanto, unos Estados Unidos Socialistas de Europa me parece hoy el único objetivo político que merece la pena. Tal federación contendría alrededor de 250 millones de personas, incluyendo quizás a la mitad de los trabajadores industriales calificados del mundo. No necesito que me digan que las dificultades de llevar a cabo algo así son enormes y aterradoras, y enumeraré algunas de ellas en un momento. Pero no deberíamos sentir que es por su naturaleza imposible, o que países tan diferentes entre sí no se unirían voluntariamente. Una unión de Europa occidental es en sí misma una concatenación menos improbable que la Unión Soviética o el Imperio Británico.

Ahora, en cuanto a las dificultades. La mayor dificultad de todas es la apatía y el conservadurismo de las personas en todas partes, su desconocimiento del peligro, su incapacidad para imaginar algo nuevo; en general, como Bertrand Russell señaló recientemente, la falta de disposición de la raza humana para contribuir a su propia supervivencia. Pero también existen fuerzas activas y malignas que trabajan en contra de la unidad europea, y existen relaciones económicas sobre las que los pueblos europeos dependen para su nivel de vida y que no son compatibles con el verdadero socialismo. Enumeraré lo que me parecen los cuatro principales obstáculos, explicando cada uno de ellos tan brevemente como pueda:

1. *Hostilidad rusa.* Los rusos no pueden sino ser hostiles a cualquier unión europea que no esté bajo su propio control. Las razones, tanto las fingidas como las reales, son evidentes. Por lo tanto, se debe contar con el peligro de una guerra preventiva, con el terror sistemático aplicado a las naciones más pequeñas y con el sabotaje de los Partidos Comunistas en todas partes. Sobre todo, existe el peligro de que las masas europeas continúen creyendo en el mito ruso. Mientras lo crean, la idea de una Europa Socialista no será lo suficientemente atractiva como para provocar el esfuerzo necesario.

2. *Hostilidad norteamericana.* Si Estados Unidos permanece capitalista, y especialmente si necesita mercados para sus exportaciones, no puede mirar a una Europa socialista con buenos ojos. Sin duda, es menos probable que intervenga con la fuerza bruta, pero la presión norteamericana es un factor importante porque puede ejercerse más fácilmente sobre Gran Bretaña, el único país en Europa que está fuera de la órbita rusa. Desde 1940, Gran Bretaña ha mantenido su posición frente a los dictadores europeos a costa de convertirse casi en una dependencia de Estados Unidos. De hecho, Gran Bretaña sólo puede librarse de América renunciando al intento de ser una potencia extraeuropea. Los dominios de habla inglesa, las dependencias coloniales, excepto quizá en África,

e incluso los suministros de petróleo de Gran Bretaña, todos ellos le hacen rehén de los norteamericanos. Por lo tanto, siempre existe el peligro de que Estados Unidos rompa cualquier coalición europea sacando a Gran Bretaña de ella.

3. *Imperialismo*. Los pueblos europeos, y especialmente los británicos, han debido durante mucho tiempo su alto nivel de vida a la explotación directa o indirecta de los pueblos de color. Esta relación nunca ha sido explicada claramente por la propaganda socialista oficial, y al trabajador británico, en lugar de decirle que, según los estándares mundiales, está viviendo por encima de sus ingresos, se le ha enseñado a considerarse a sí mismo como un esclavo explotado y oprimido. Para las masas en todas partes, «socialismo» significa, o al menos se asocia con, salarios más altos, menos horas de trabajo, mejores viviendas, seguro social integral, etcétera. Pero no está en absoluto seguro que podamos permitirnos estas cosas si renunciamos a las ventajas que obtenemos de la explotación colonial. Por muy equitativamente que se distribuya el ingreso nacional, si el ingreso en su conjunto disminuye, el nivel de vida de la clase trabajadora debe caer con él. En el mejor de los casos, es probable que haya un largo e incómodo período de reconstrucción para el cual la opinión pública no está preparada. Pero, al mismo tiempo, las naciones europeas deben dejar de ser explotadoras en el extranjero si quieren construir un verdadero socialismo en casa. El primer paso hacia una federación socialista europea es que los británicos se retiren de India. Pero esto implica algo más. Si los Estados Unidos de Europa deben ser autosuficientes y capaces de hacerse valer frente a Rusia y América, deben incluir África y Medio Oriente. Pero eso significa que la posición de los pueblos indígenas en esos países debe cambiar radicalmente: que Marruecos, Nigeria o Abisinia deben dejar de ser colonias o semicolonias y convertirse en repúblicas autónomas en plena igualdad con los pueblos europeos. Esto implica un cambio de perspectiva vasto y una lucha amarga y compleja que probablemente no se resolverá sin derramamiento de sangre. Cuando llegue el apuro, las fuerzas del imperialismo resultarán ser extremadamente fuertes, y el trabajador británico, si ha sido enseñado a pensar en el socialismo en términos materialistas, puede decidir finalmente que es mejor seguir siendo una potencia imperial a costa de representar un papel secundario frente a América. En distintos grados, todos los pueblos europeos, al menos aquellos que van a formar parte de la unión propuesta, se enfrentarán a la misma elección.

4. *La Iglesia Católica*. A medida que la lucha entre el Este y el Oeste se vuelve más evidente, existe el peligro de que los socialistas democráticos y los simples reaccionarios se vean impulsados a combinarse en una especie de Frente Popular. La Iglesia es el puente más probable entre ellos. En cualquier caso, la Iglesia hará todo lo posible por capturar y esterilizar cualquier movimiento que busque la unidad europea. Lo peligroso de la Iglesia es que no es reaccionaria en el sentido ordinario. No está ligada al capitalismo del *laissez-faire* ni al sistema de clases existente, y no perecerá necesariamente con ellos. Es perfectamente capaz de llegar a un acuerdo con el Socialismo, o de aparentar hacerlo, siempre que su propia posición esté asegurada. Pero si se le permite sobrevivir como una organización poderosa, hará imposible el establecimiento del verdadero Socialismo, porque su influencia es y siempre debe estar en contra de la libertad de pensamiento y de expresión, en contra de la igualdad humana y en contra de cualquier forma de sociedad que tienda a promover la felicidad terrenal.

Cuando pienso en estas y otras dificultades, cuando pienso en el enorme reajuste mental que tendría que realizarse, la aparición de unos Estados Unidos Socialistas de Europa me parece un evento muy improbable. No quiero decir que la mayoría de la gente no esté preparada para ello, de manera pasiva. Quiero decir que no veo a ninguna persona o grupo de personas con la más mínima posibilidad de alcanzar el poder y al mismo tiempo con la capacidad imaginativa de ver lo que se necesita y de exigir los sacrificios necesarios a sus seguidores. Pero tampoco puedo, por el momento, ver ningún otro objetivo esperanzador. En un momento creí que podría ser posible formar el Imperio Británico en una federación de repúblicas socialistas, pero si alguna vez existió esa oportunidad, la perdimos al no liberar India, y por nuestra actitud hacia los pueblos de color hacia la

Unidad Europea en general. Puede ser que Europa esté acabada y que a la larga surja alguna forma mejor de sociedad en India o China. Pero creo que solo en Europa, si acaso en algún lugar, el Socialismo democrático podría convertirse en una realidad en un tiempo lo suficientemente corto como para evitar el lanzamiento de las bombas atómicas.

Por supuesto, hay razones, si no para el optimismo, al menos para suspender el juicio sobre ciertos puntos. Una cosa a nuestro favor es que una guerra a gran escala no es probable que ocurra de inmediato. Supongo que podríamos tener el tipo de guerra que consiste en disparar cohetes, pero no una guerra que implique la movilización de decenas de millones de hombres. Por el momento, cualquier ejército grande simplemente se desvanecería, y eso puede seguir siendo cierto durante diez o incluso veinte años. Dentro de ese tiempo podrían ocurrir cosas inesperadas. Por ejemplo, un poderoso movimiento socialista podría surgir por primera vez en Estados Unidos. En Inglaterra ahora está de moda hablar de Estados Unidos como «capitalista», con la implicación de que esto es algo inmutable, una especie de característica racial como el color de los ojos o del cabello. Pero, de hecho, no puede ser inmutable, ya que el capitalismo mismo manifiestamente no tiene futuro, y no podemos estar seguros de antemano de que el próximo cambio en Estados Unidos no sea un cambio para mejor.

Por otra parte, no sabemos qué cambios tendrán lugar en la URSS si se logra evitar la guerra durante la próxima generación más o menos. En una sociedad de ese tipo, un cambio radical de perspectiva siempre parece improbable, no solo porque no puede haber oposición abierta, sino porque el régimen, con su control completo sobre la educación, las noticias, etc., apunta deliberadamente a prevenir el vaivén entre generaciones que parece ocurrir de manera natural en las sociedades liberales. Pero por lo que sabemos, la tendencia de una generación a rechazar las ideas de la anterior es una característica humana constante que incluso la NKVD no podrá erradicar. En ese caso, para 1960 puede que haya millones de jóvenes rusos que estén aburridos de la dictadura y los desfiles de lealtad, ansiosos por más libertad y amistosos en su actitud hacia Occidente.

O, incluso, es incluso posible que si el mundo se desmorona en tres superestados inconquistables, la tradición liberal sea lo suficientemente fuerte dentro de la sección angloamericana del mundo como para hacer la vida tolerable e incluso ofrecer alguna esperanza de progreso. Pero todo esto es especulación. La perspectiva real, en la medida en que puedo calcular las probabilidades, es muy sombría, y cualquier pensamiento serio debería partir de ese hecho.

En defensa del camarada Zilliacus.

Octubre 1947

Hace algunas semanas, el Sr. K. Zilliacus dirigió a *Tribune* una carta larga y, como de costumbre, ofensiva, acusándole de carecer de una política sobre el exterior definida y viable, y tan solo ser un periódico anti-ruso mientras mantenía una apariencia de hostilidad hacia Ernest Bevin. Bevin, decía, era mucho más realista que *Tribune*, ya que comprendía que para oponerse a Rusia era necesario apoyarse en América y «reforzar el fascismo», mientras que *Tribune* simplemente permanecía en la frontera, pronunciando eslóganes contradictorios que no conducen a ninguna parte.

No estoy a menudo de acuerdo con el Sr. Zilliacus, y por lo tanto es aún más placentero registrar mi acuerdo con él en esta ocasión. Aceptando su propia y especial terminología, creo que su acusación está plenamente justificada. Uno debe recordar, por supuesto, que en boca del Sr. Zilliacus y sus asociados, palabras como democracia, fascismo o totalitarismo no tienen exactamente sus significados normales. En general, tienden a convertirse en sus opuestos, fascismo significando elecciones no falseadas, democracia significando dominio de la minoría, y así sucesivamente. Pero esto no altera el hecho de que él se centra en problemas reales —problemas sobre los cuales *Tribune*, durante años, con seguridad ha fallado en dejar clara su posición. Él sabe que las únicas grandes cuestiones políticas en el mundo hoy son: a favor de Rusia-en contra de Rusia, a favor de América-en contra de América, a favor de la democracia-en contra de la democracia. Y aunque él pueda describir sus propias actividades con palabras diferentes a las que la mayoría de nosotros usaríamos, al menos podemos ver de un vistazo cuál es su posición.

¿Pero dónde se encuentra *Tribune*? Sé, o creo saber, qué política exterior favorece *Tribune*, pero lo sé por inferencia y por contactos privados. Los lectores casuales pueden, y hasta donde sé, de hecho sacan, impresiones muy diferentes. Si tuvieran que resumir la aparente política de *Tribune* en una sola palabra, el nombre que habría que inventar para ello sería anti-bevinismo. La primera regla de este «ismo» es que cuando Bevin dice o hace algo, se debe encontrar una manera de demostrar que está equivocado, incluso si resulta ser lo que *Tribune* estaba defendiendo la semana anterior. La segunda regla es que, aunque se pueda criticar la política rusa, siempre deben encontrarse circunstancias atenuantes. La tercera regla es que cuando se puede insultar a Estados Unidos, debe insultarse. El efecto de formular una política basada en estos principios es que ni siquiera se puede averiguar qué solución ofrece *Tribune* para los problemas específicos de los que más habla. Para tomar algunos ejemplos. ¿Está *Tribune* a favor de evacuar Grecia incondicionalmente? ¿Cree *Tribune* que la URSS debería poseer los Dardanelos? ¿Está *Tribune* a favor de la emigración judía sin restricciones hacia Palestina? ¿Cree *Tribune* que se debería permitir a Egipto anexionarse el Sudán? En algunos casos sé las respuestas, pero pienso que sería muy difícil descubrirlas simplemente leyendo el periódico.

Parte del problema, creo, es que después de haber convertido a Bevin en el Enemigo Público Número Uno, *Tribune* ha descubierto que en realidad no está en desacuerdo con él. Ciertamente hay diferencias reales sobre Palestina, España y quizás Grecia, pero en términos generales, creo que él y *Tribune* defienden el mismo tipo de política. Hay, según se reconoce generalmente, sólo tres políticas exteriores posibles para Gran Bretaña. Una es hacer lo que el Sr. Zilliacus quisiera que hiciéramos, es decir, convertirse en parte del sistema ruso, con un gobierno quizá menos servil que

el de Polonia o Checoslovaquia, pero en esencia semejante. Otra es moverse definitivamente hacia la órbita de los Estados Unidos. Y otra es convertirse en parte de una federación de repúblicas socialistas de Europa occidental, incluyendo si es posible a África, y nuevamente si es posible (aunque esto es menos probable) a los Dominios británicos. *Tribune*, deduzco —pues nunca se ha declarado claramente— favorece la tercera política, y creo que Bevin también, es decir, el Gobierno. Pero *Tribune* no solo está involucrado en su disputa personal con Bevin; también es reacto a enfrentar dos hechos —hechos muy impopulares en este momento— que deben afrontarse si se quiere discutir seriamente una unión occidental. Uno es que tal unión difícilmente podría tener éxito sin una América amiga detrás, y el otro es que, aunque sus intenciones sean pacíficas, estaría obligada a enfrentar la hostilidad rusa. Es precisamente aquí donde *Tribune* ha fallado como órgano de opinión. Todas sus otras vacilaciones, creo, provienen de un temor a desafiar la opinión de moda sobre el tema de Rusia y Estados Unidos.

Un aspecto muy llamativo en *Tribune* es la pretensión de que la política de Bevin es exclusivamente suya. Aparentemente es una especie de caballo desbocado que arrastra tras de sí a un Gabinete reacto a apoyarle, y nuestra política habría sido muy diferente —sobre todo, nuestras relaciones con la URSS habrían sido mejores— si tan solo hubiéramos tenido un Ministro de Asuntos Exteriores más ilustrado. Ahora es evidente que esto no puede ser así. Un ministro que realmente frustra la voluntad del resto del gobierno no permanece en el cargo durante dos años. ¿Por qué entonces intentar echar toda la culpa a una sola persona? ¿No fue porque, de otro modo, habría sido necesario decir algo muy impopular: es decir, que un gobierno laborista, como tal, casi está destinado a estar en malos términos con el gobierno de la URSS? Con un gobierno encabezado por Pritt y Zilliacus, sin duda podríamos tener excelentes relaciones, de algún tipo, con Rusia, y con un gobierno encabezado por Churchill y Beaverbrook probablemente podríamos alcanzar algún tipo de acuerdo: pero cualquier gobierno que realmente represente al movimiento laborista debe ser visto con hostilidad. Desde el punto de vista de los rusos y los comunistas, la socialdemocracia es un enemigo mortal, y para hacerles justicia, lo han admitido con frecuencia. Incluso cuestiones tan controvertidas como la formación de una unión occidental son irrelevantes aquí. Aunque no tuviéramos influencia en Europa ni intentáramos interferir allí, seguiría siendo de interés para el Gobierno ruso provocar el fracaso del Gobierno laborista británico, si fuera posible. La razón es bastante clara. La socialdemocracia, a diferencia del capitalismo, ofrece una alternativa al comunismo, y si en algún lugar puede funcionar a gran escala —si resulta que al fin y al cabo es posible introducir el socialismo sin fuerzas policiales secretas, deportaciones masivas y demás— entonces la excusa para la dictadura desaparece. Con un gobierno laborista en el poder, las relaciones con Rusia, ya malas, estaban destinadas a deteriorarse. Varios observadores señalaron esto en el momento de la Elección General, pero no recuerdo que *Tribune* lo hiciera, ni entonces ni después. ¿No fue porque era más fácil, más popular, fomentar la ilusión generalizada de que «un gobierno de izquierdas puede llevarse mejor con Rusia», y que el comunismo es muy parecido al socialismo, solo que en un grado mayor; y luego, cuando las cosas no salieron así, mostrar una dolorosa sorpresa y buscar un chivo expiatorio?

¿Y qué hay detrás del persistente antiamericanismo de *Tribune*? En el *Tribune* durante el último año recuerdo tres referencias educadas a América (una de ellas era una referencia a Henry Wallace) y toda una serie de insultos mezquinos. Acabo de recibir una carta de algunos estudiantes de una universidad norteamericana. Me preguntan si puedo explicar por qué *Tribune* cree que es necesario abuchear a América. ¿Qué debo decirles a estas personas? Les diré lo que creo que es la verdad: que el antiamericanismo de *Tribune* no es sincero, sino un intento de mantenerse en la opinión de moda. Ser antiamericano hoy en día es gritar con la multitud. Por supuesto, es sólo una multitud menor, pero es una multitud ruidosa. Aunque probablemente hubo cierto aumento de resentimiento debido a la presencia de las tropas americanas, no creo que la mayoría de la gente en este país sea políticamente antiamericano, y ciertamente no lo son culturalmente. Pero los intelectuales político-literarios no suelen temer a la opinión de las masas. Lo que les asusta es la

opinión predominante dentro de su propio grupo. En cualquier momento siempre hay una ortodoxia, un granzido de loro que debe repetirse, y en la sección más activa de la izquierda la ortodoxia del momento es antiamericanismo. Creo que parte de la razón (estoy pensando en algunas observaciones en la última compilación de 1.143 páginas del Sr. G.D.H. Cole) es la idea de que si logramos cortar nuestros lazos con Estados Unidos podríamos conseguir mantenernos neutrales en el caso de que Rusia y Estados Unidos entren en guerra. No sé cómo alguien puede creer esto, después de mirar el mapa y recordar lo que pasó con los neutrales en la última guerra. También está la consideración bastante cruel de que los norteamericanos no son realmente nuestros enemigos, que es poco probable que empiecen a lanzarnos bombas atómicas o incluso que nos dejen morir de hambre, y por tanto podemos tomar libertades con ellos con seguridad si nos compensa. Pero en cualquier caso, la ortodoxia está ahí. Hablar favorablemente de Estados Unidos, recordar que los norteamericanos nos ayudaron en 1940 cuando los rusos suministraban petróleo a los alemanes y atacaban a sus partidos comunistas para sabotear el esfuerzo bélico, es etiquetarse como un «reaccionario». Y sospecho que cuando *Tribune* se une al coro es más por miedo a esta etiqueta que por convicción genuina.

Seguramente, si uno va a escribir sobre política exterior, hay una cuestión que debería responderse claramente. Es: «Si tuviera que elegir entre Rusia y Estados Unidos, ¿qué elegiría?» No basta con dar la respuesta habitual y evasiva: «Me niego a elegir.» Al final, la elección puede sernos impuesta. Ya no somos lo suficientemente fuertes para estar solos, y si no logramos poner en marcha una unión de Europa occidental, nos veremos obligados, a largo plazo, a subordinar nuestra política a la de una Gran Potencia o a la de la otra. Y a pesar de toda la charla de moda del momento, todos saben en el fondo de su corazón que deberíamos elegir a Estados Unidos. La gran mayoría de la gente en este país, creo, haría esta elección casi instintivamente. Ciertamente, hay una pequeña minoría que optaría por la otra vía. El Sr. Zilliacus, por ejemplo, es uno de ellos. Creo que está equivocado, pero al menos deja clara su posición. También sé perfectamente cuál es la posición de *Tribune*. Pero, ¿alguna vez *Tribune* la ha dejado clara?

Lo sometidos que estamos en este país a la tiranía intelectual de las minorías se puede ver en la composición de la prensa. Un observador extranjero que juzgara a Gran Bretaña únicamente por su prensa asumiría que el Partido Conservador es claramente el partido más fuerte, con los liberales en segundo lugar, los comunistas en tercero y el Partido Laborista en ningún lugar. El único partido de masas genuino no tiene un diario que sea indiscutiblemente propio, y entre los semanarios políticos no tiene un seguidor fiable. Supongamos que *Tribune* ha hecho una declaración clara de los principios implícitos en algunas de sus decisiones individuales; por ejemplo, en su apoyo a la conscripción. ¿Iría en contra de la mayoría de la opinión del Partido Laborista? Lo dudo. Pero sería ir en contra de la minoría de moda que puede hacer que las cosas sean desagradables para un periodista político. Estas personas tienen un habitual toque técnico de difamaciones y burlas—todo un vocabulario especializado diseñado para demostrar que cualquiera que no repita las palabras aceptadas es un tipo de lunático bastante ridículo. El señor Zilliacus, por ejemplo, acusa a *Tribune* de ser «rabiosamente antirruso» (o «rabiosamente anticomunista»: una cosa u otra). La palabra clave aquí es rabioso. Otras palabras usadas en este contexto son insensible, demente, «enfermo de odio» (la frase de la *New Republic*) y maniático.

La conclusión es que si de vez en cuando expresas un leve desagrado hacia los campos de trabajo esclavo o hacia las elecciones con un solo candidato, estás loco o estás movido por los peores motivos. De la misma manera, cuando Henry Wallace es preguntado por un entrevistador de periódico por qué publica versiones falsificadas de sus discursos a la prensa, él responde: «¿Así que eres una de esas personas que claman por la guerra con Rusia?» No responde a la pregunta, pero asustaría a la mayoría de la gente hasta dejarla en silencio. O está el tipo más leve de ridículo que consiste en fingir que una opinión razonada es indistinguible de un prejuicio absurdo y desfasado. Si no te gusta el comunismo, eres un *come-rojos*, un creyente en las atrocidades bolcheviques, la

nacionalización de las mujeres, el oro de Moscú y demás. De manera similar, cuando el catolicismo estaba casi tan de moda entre la intelectualidad inglesa como lo es ahora, cualquiera que dijera que la Iglesia Católica era una organización siniestra y nada amiga de la democracia, era acusado de tragarse las peores locuras de las organizaciones antipapistas, de mirar debajo de su cama por si los jesuitas estaban ocultos allí, de creer historias sobre esqueletos de bebés desenterrados del suelo de los conventos, y todo lo demás. Pero algunas personas se mantuvieron firmes en su opinión, y creo que es seguro decir que la Iglesia Católica está menos de moda ahora que entonces.

Después de todo, ¿qué importa ser objeto de burla? El gran público, en cualquier caso, usualmente no entiende la broma, y si manifiestas tus principios claramente y te mantienes firme en ellos, es maravilloso cómo la gente termina por acercarse a ti. No hay duda de a quién teme *Tribune*. Teme a los comunistas, a los simpatizantes y a los simpatizantes de los simpatizantes. De ahí sus interminables equívocos: un párrafo de protesta cuando disparan a uno de nuestros amigos, silencio cuando disparan a otro, denuncia de esta elección fraudulenta, aprobación con reservas de aquella otra, y así sucesivamente. El resultado es que en periódicos americanos he visto más de una vez la frase «el grupo Foot-Zilliacus» (o palabras similares). Por supuesto, Foot y Zilliacus no son aliados, pero desde afuera pueden parecerlo. Mientras tanto, ¿conciliará este tipo de cosas siquiera a las personas a las que va dirigido? ¿Conciliará, por ejemplo, al Sr. Zilliacus? *Tribune* lo ha tratado con notable ternura. Se le ha permitido infestar sus columnas de correspondencia como una mala hierba perenne, y cuando hace un tiempo *Tribune* reseñó un libro suyo, busqué en vano en esa reseña alguna declaración clara de quién es o a quién sirve. En su lugar solo hubo un desacuerdo leve, una sugerencia de que quizás era un poco excesivo, un poco dado a argumentaciones especiales, todo esto equilibrado con elogios donde era posible y encabezado con el amistoso título: «El propagandista luchador». Pero, ¿está el Sr. Zilliacus agradecido? Por el contrario, solo unas semanas después se da la vuelta y sin provocación alguna le da una buena patada en las espinillas.

Reseña de *El alma del hombre bajo el socialismo*, de Oscar Wilde.

Observer, 9 de mayo de 1948

La obra de Oscar Wilde está siendo muy revivida ahora en el escenario y en la pantalla, y es bueno recordar que *Salomé* y *Lady Windermere* no fueron sus únicas creaciones. La obra de Wilde, *El alma del hombre bajo el socialismo*, por ejemplo, publicada por primera vez hace casi sesenta años, ha envejecido notablemente bien. Su autor no era en ningún sentido un socialista activo, pero fue un observador comprensivo e inteligente; aunque sus profecías no se hayan cumplido, no han quedado simplemente irrelevantes con el paso del tiempo.

La visión del socialismo de Wilde, que en esa fecha probablemente compartían muchas personas menos elocuentes que él, es utópica y anarquista. La abolición de la propiedad privada, dice, hará posible el pleno desarrollo del individuo y nos liberará de «la sórdida necesidad de vivir para los demás». En el futuro socialista no solo no habrá carencias ni inseguridad, sino que tampoco habrá trabajos serviles, enfermedades, fealdad ni desperdicio del espíritu humano en enemistades y rivalidades inútiles.

El dolor dejará de ser importante: de hecho, por primera vez en su historia, el Hombre podrá realizar su personalidad a través de la alegría en lugar de a través del sufrimiento. El crimen desaparecerá, ya que no habrá razón económica para él. El Estado dejará de gobernar y sobrevivirá únicamente como una agencia para la distribución de los bienes necesarios. Todos los trabajos desagradables serán realizados por maquinaria, y cada persona será completamente libre de elegir su propio trabajo y su propio modo de vida. En efecto, el mundo estará poblado por artistas, cada uno esforzándose por la perfección de la manera que le parezca mejor.

Hoy en día, estas previsiones optimistas resultan bastante dolorosas de leer. Wilde se dio cuenta, por supuesto, de que había tendencias autoritarias en el movimiento socialista, pero no creía que prevalecieran, y con una especie de ironía profética escribió: «Me parece que ningún socialista propone seriamente hoy en día que un inspector visite todas las mañanas cada casa para comprobar si todo ciudadano se levanta y trabaja manualmente durante ocho horas», lo cual, desafortunadamente, es precisamente el tipo de cosas que innumerables socialistas modernos propondrían. Evidentemente, algo ha salido mal. El socialismo, en el sentido de colectivismo económico, está conquistando la tierra a una velocidad que difícilmente habría parecido posible hace sesenta años, y, sin embargo, la Utopía, al menos la Utopía de Wilde, no está más cerca. ¿Dónde, entonces, radica la falacia?

Si uno observa más detenidamente, se ve que Wilde parte de dos supuestos muy difundidos pero injustificados. Uno es que el mundo es inmensamente rico y que sufre principalmente por la mala distribución. Iguala las cosas entre el millonario y el barrendero callejero, parece decir, y habrá abundancia de todo para todos. Hasta la Revolución Rusa, esta creencia estaba muy difundida —«muriendo de hambre en medio de la abundancia» era una frase muy repetida— pero era completamente falsa, y sólo sobrevivió porque los socialistas siempre pensaban en los países occidentales altamente desarrollados y ignoraban la terrible pobreza de Asia y África. En realidad, el problema para el mundo en su conjunto no es cómo distribuir la riqueza que existe, sino cómo aumentar la producción, sin lo cual la igualdad económica simplemente significa miseria común.

En segundo lugar, Wilde asume que es un asunto sencillo hacer que todo tipo de trabajo desagradable sea realizado mediante maquinarias. Las máquinas, dice, son nuestra nueva raza de

esclavos: una metáfora tentadora, pero engañosa, ya que existe una amplia gama de trabajos—en términos generales, cualquier trabajo que requiera gran flexibilidad—que ninguna máquina es capaz de realizar. En la práctica, incluso en los países más altamente mecanizados, una enorme cantidad de trabajo aburrido y agotador debe ser realizado por músculos humanos reacios. Pero esto implica inmediatamente la dirección del trabajo, horarios fijos, tasas salariales diferenciales y toda la reglamentación que Wilde aborrece. La versión de socialismo de Wilde sólo podría realizarse en un mundo no sólo mucho más rico, sino también técnicamente mucho más avanzado que el actual. La abolición de la propiedad privada no pone comida en la boca de nadie por sí misma. Es simplemente el primer paso en un período de transición que está destinado a ser laborioso, incómodo y largo.

Pero eso no quiere decir que Wilde esté completamente equivocado. El problema con los períodos de transición es que la visión dura que generan tiende a volverse permanente. A todas luces, esto es lo que ha ocurrido en la Rusia soviética. Una dictadura supuestamente establecida con un propósito limitado ha arraigado, y el Socialismo llega a ser entendido como sinónimo de campos de concentración y fuerzas de policía secreta. El panfleto de Wilde y otros escritos afines —[*News from Nowhere*](#), por ejemplo—, por lo tanto, tienen su valor. Pueden exigir lo imposible, y como una Utopía necesariamente refleja las ideas estéticas de su propio período, pueden a veces parecer «anticuados» y ridículos, pero al menos miran más allá de la era de las colas de alimentos y las disputas partidarias, y recuerdan al movimiento socialista su objetivo original, medio olvidado, de la fraternidad humana.

The Freedom Defence Committee.

Socialist Leader, 18 de septiembre de 1948

El pueblo británico acepta la libertad como algo natural y tiende a olvidar que su precio es la «vigilancia eterna».

Incluso si recuerdan ese famoso dicho, no parecen darse cuenta de que la vigilancia es una actividad que requiere tiempo, energía y dinero.

El Comité de Defensa de la Libertad se creó en 1945 «para defender la libertad esencial de los individuos y las organizaciones, y proteger a aquellos que son perseguidos por ejercer sus derechos a la libertad de palabra, de escritura y de acción».

Nuestro Boletín, que está disponible para cualquiera que lo solicite al Secretario, muestra hasta qué punto nuestra existencia se ha justificado. Los casos de encarcelamiento injusto, sentencias excesivas y discriminación racial son frecuentes.

Las amenazas a la libertad de palabra, escritura y acción, aunque a menudo triviales de forma aislada, son acumulativas en su efecto y, si no se controlan, conducen a un desprecio general por los derechos del ciudadano.

El Comité brinda ayuda a individuos u organizaciones independientemente de sus opiniones políticas, siendo la naturaleza del ataque a su libertad el único criterio sobre el cual se determina si se debe llevar a cabo alguna acción o no.

El Comité se opone en principio a todas las formas de conscripción militar e industrial, y trabaja por la abolición de la Ley de Poderes de Emergencia, las Regulaciones de Defensa y todos los estatutos existentes que restringen la libertad de acción política.

Necesitamos un ingreso regular de al menos mil libras si queremos continuar siendo eficaces. Esto no se ha logrado en el último año y nuestras cuentas ahora muestran un déficit de más de 145 libras. Para permitir que nuestro trabajo continúe, por lo tanto, necesitamos una suma inmediata de al menos 500 libras.

Nuestros requerimientos básicos son bastante modestos: mil suscriptores regulares a una libra esterlina al año; pero también estamos en desesperada necesidad de donaciones puntuales que nos permitan pagar nuestras deudas y mantener nuestra oficina abierta. Las suscripciones y donaciones deben enviarse a Herbert Read, Presidente, Comité de Defensa de la Libertad, 8 Endsleigh Gardens, Londres, WC1.

Benjamin Britten,
E.M. Forster,
Augustus John,
George Orwell,
Herbert Read,
Osbert Sitwell.

Reseña de *Retrato del antisemita*, de Jean-Paul Sartre.

Observer, 7 de noviembre de 1948

El antisemitismo es obviamente un tema que necesita un estudio serio, pero parece poco probable que lo desarrolle en un futuro próximo. El problema es que, mientras el antisemitismo se considere simplemente una vergonzosa aberración, casi un delito, cualquiera lo suficientemente alfabetizado como para haber escuchado la palabra afirmará naturalmente ser inmune a ella. Por esta causa, los libros sobre antisemitismo suelen ser meros ejercicios para quitar motas de los ojos de los demás. El libro de M. Sartre no es una excepción, y probablemente no sea mejor por haber sido escrito en 1944, en el incómodo y autojustificativo periodo de caza a los colaboracionistas que siguió a la Liberación.

Al principio, el señor Sartre nos informa de que el antisemitismo no tiene base racional: al final, que no existirá en una sociedad sin clases, y que mientras tanto quizás pueda combatirse en cierta medida mediante la educación y la propaganda. Estas conclusiones difícilmente merecen ser enunciadas por sí mismas, y entre ellas, a pesar de mucha reflexión, hay poca discusión real sobre el tema y ninguna evidencia fáctica digna de mención.

Nos informa solemnemente que el antisemitismo es casi desconocido entre la clase trabajadora. Es una enfermedad de la burguesía y, sobre todo, de ese chivo expiatorio sobre el que se cargan todos nuestros pecados, la “pequeña burguesía”. Dentro de la burguesía rara vez se encuentra entre científicos e ingenieros. Es una peculiaridad de quienes piensan en la nacionalidad en términos de cultura heredada y en la propiedad en términos de tierra.

Por qué estas personas deberían meterse con los judíos en lugar de con alguna otra víctima, M. Sartre no lo discute, salvo, en un lugar, al presentar la antigua y dudosa teoría de que los judíos son odiados porque se supone que fueron responsables de la Crucifixión. No intenta relacionar el antisemitismo con fenómenos tan evidentemente relacionados como, por ejemplo, el prejuicio del color.

Parte de lo que está mal en el enfoque de M. Sartre se indica en su título. «El» antisemita, parece insinuar a lo largo del libro, es siempre el mismo tipo de persona, reconocible a simple vista y, por así decirlo, actuando constantemente. En realidad, basta con una pequeña observación para ver que el antisemitismo está extremadamente extendido, no se limita a ninguna clase en particular y, sobre todo, salvo en los peores casos, es intermitente.

Pero estos hechos no encajarían con la visión atomizada de la sociedad que manifiesta M. Sartre. Prácticamente afirma que no existe tal cosa como un ser humano, sólo existen diferentes categorías de hombres, como «el» trabajador y «el» burgués, todos clasificables de forma muy similar a como se hace con los insectos. Otra de estas criaturas parecidas a los insectos es «el» judío, que, al parecer, suele distinguirse por su aspecto físico. Es cierto que hay dos tipos de judíos: el «judío auténtico», que quiere seguir siendo judío, y el «judío inauténtico», que desea asimilarse; pero un judío, sea cual sea, no es simplemente otro ser humano. En esta etapa de la historia se equivoca si intenta asimilarse, y nosotros estamos equivocados si intentamos ignorar su origen racial. Debería ser aceptado en la comunidad nacional, no como un inglés, francés o lo que sea, sino como un judío.

Se observará que esta postura está peligrosamente cerca del antisemitismo. El prejuicio racial de cualquier tipo es una neurosis, y es dudoso que el argumento pueda aumentarla o disminuirla,

pero el efecto neto de este tipo de libros, si es que lo tienen, probablemente sea hacer que el antisemitismo sea un poco más prevalente que antes. El primer paso hacia un estudio serio del antisemitismo es dejar de considerarlo un delito. Mientras tanto, cuanto menos se hable del «judío» o de «el» antisemita, como especie de animal diferente a nosotros mismos, mejor.

Reseña de *Their Finest Hour*, de Winston S. Churchill.

New Leader, 14 de mayo de 1949

Es difícil para un estadista que aún tiene un futuro político revelar todo lo que sabe: y en una profesión en la que uno es un bebé a los cincuenta, y de mediana edad a los setenta y cinco, es natural que cualquiera que no haya sido realmente desahuciado sienta que todavía le queda un futuro por delante. Un libro como los diarios de Ciano, por ejemplo, no se habría publicado si su autor hubiera permanecido activo. Pero es justo decir de Winston Churchill que las reminiscencias políticas que ha publicado de vez en cuando siempre han estado muy por encima del promedio, tanto en franqueza como en calidad literaria. Churchill es, entre otras cosas, un periodista, con un sentido real aunque no muy refinado de la literatura, y también tiene una mente inquieta y curiosa, interesada tanto en los hechos concretos como en el análisis de los motivos, a veces incluyendo sus propios motivos. En general, los escritos de Churchill se parecen más a los de un ser humano que a los de una figura pública. Su libro actual, por supuesto, contiene pasajes con toda la apariencia de haber escapado de un discurso electoral, pero también muestra una considerable disposición a admitir errores.

Este volumen, el segundo de la serie, abarca el período entre la apertura del ataque alemán a Francia y el final de 1940. Sus eventos principales, por lo tanto, son el colapso de Francia, los ataques aéreos alemanes contra Gran Bretaña, la creciente participación de Estados Unidos en la guerra, el aumento de la guerra submarina y el comienzo de la larga lucha en el norte de África. El libro está ampliamente documentado, con extractos de discursos o despachos en cada etapa, y aunque esto crea mucha redundancia, permite comparar lo que se decía y se pensaba en ese momento con lo que realmente sucedió.

Como él mismo admite, Churchill había subestimado el efecto de los cambios recientes en la técnica de la guerra, pero reaccionó rápidamente cuando estalló la tormenta en 1940. Su gran logro fue comprender incluso en la época de Dunkerque que Francia había sido derrotada y que Gran Bretaña, a pesar de las apariencias, no había sido vencida; y este último juicio no se basaba simplemente en su combatividad, sino en un análisis razonable de la situación.

El único modo con el que los alemanes podrían ganar la guerra rápidamente consistía en conquistar las Islas Británicas, y para conquistar las Islas Británicas tenían que llegar a ellas, lo que significaba tener el control del mar sobre el Canal. Por lo tanto, Churchill se negó constantemente a lanzar toda la fuerza aérea metropolitana británica en la Batalla de Francia. Fue una decisión dura, que naturalmente causó amargura en ese momento y probablemente debilitó la posición de Reynaud frente a los derrotistas en el Gobierno francés, pero era estratégicamente correcta. Los veinticinco escuadrones de cazas considerados indispensables se mantuvieron en Gran Bretaña, y la invasión amenazada fue repelida. Mucho antes de que terminara el año, el peligro había disminuido lo suficiente como para que cañones, tanques y hombres fueran trasladados de Gran Bretaña al frente egipcio. Los alemanes aún podrían derrotar a Gran Bretaña con los submarinos, o posiblemente mediante bombardeos, pero les llevaría varios años, y mientras tanto se podía contar con que la guerra se extendería.

Churchill sabía, por supuesto, que los Estados Unidos entrarían en la guerra tarde o temprano; pero en esta etapa no parece haber esperado que un ejército norteamericano de millones de hombres llegara finalmente a Europa. Incluso en 1940 previó que los alemanes probablemente atacarían a

Rusia, y calculó correctamente que Franco, cualquiera que fueran las promesas que pudiera hacer, no entraría en la guerra del lado del Eje. También comprendió la importancia de armar a los judíos de Palestina y de fomentar la rebelión en Abisinia. Donde su juicio falló fue principalmente debido a su odio indiscriminado hacia el «Bolchevismo» y su consiguiente tendencia a ignorar las circunstancias políticas. Dice reveladoramente que cuando envió a Sir Stafford Cripps como embajador a Moscú, no se dio cuenta de que los comunistas odian a los socialistas más que a los conservadores. De hecho, ningún tory británico parece haber comprendido este hecho simple hasta la llegada del gobierno laborista en 1945; el fracaso en hacerlo fue en parte responsable de la política británica equivocada durante la guerra civil española. La actitud de Churchill hacia Mussolini, aunque probablemente no afectó el curso de los acontecimientos en 1940, también se basó en un error de cálculo. En el pasado había admirado a Mussolini como un «baluarte contra el bolchevismo» y había pertenecido a la escuela que creía posible sacar a Italia del Eje mediante sobornos. Él nunca, dice francamente, habría discutido con Mussolini sobre un tema como Abisinia. Cuando Italia entró en la guerra, Churchill, por supuesto, ya no se contuvo, pero la situación general habría sido mejor si los torios británicos hubieran comprendido diez años antes que el fascismo italiano no era solo otra versión del conservadurismo, sino que por su naturaleza debería ser hostil a Gran Bretaña.

Uno de los capítulos más interesantes de *Their Finest Hour* trata sobre el intercambio de destructores estadounidenses por bases en las Indias Occidentales británicas. Las cartas que se intercambiaron Churchill y Roosevelt forman una especie de comentario sobre la política democrática. Roosevelt sabía que era de interés norteamericano que Gran Bretaña tuviera los destructores, y Churchill sabía que no era en desventaja de Gran Bretaña, sino más bien al contrario, que Estados Unidos tuviera las bases. Sin embargo, aparte de las dificultades legales y constitucionales, era imposible que los barcos se entregaran simplemente sin regatear. Con las elecciones acercándose y con un ojo puesto en los aislacionistas, Roosevelt tenía que dar la apariencia de negociar estrictamente. También tenía que exigir una garantía de que, incluso si Gran Bretaña perdía la guerra, la flota británica bajo ninguna circunstancia sería entregada a los alemanes. Esto, por supuesto, era imponer una condición absurda. Se podía dar por seguro que Churchill no entregaría la flota; pero, por otro lado, si los alemanes lograban invadir Gran Bretaña, establecerían algún tipo de gobierno títere, cuyas acciones Churchill no podía garantizar. Por lo tanto, no podía dar una garantía tan firme como se exigía, y la negociación se prolongó en consecuencia. La única solución rápida habría sido asegurar una promesa de todo el pueblo británico, incluidos los tripulantes de los barcos. Pero Churchill, curiosamente, parece haberse retraído de publicitar los hechos. Habría sido peligroso, dice, dejar que se supiera lo cerca que estuvo Gran Bretaña de la derrota, quizás la única ocasión durante este período en la que subestimó la moral pública.

El libro termina en el oscuro invierno de 1940, cuando las victorias inesperadas en el desierto, con abundantes capturas de prisioneros italianos, se veían contrapesadas por el bombardeo de Londres y por el aumento de los naufragios en el mar. Con su lectura, inevitablemente, hay un pensamiento que se agita de un lado a otro en la mente: «¿Con qué libertad es capaz de hablar Churchill?» Pues lo más interesante de estas memorias llegará más adelante, cuando Churchill nos cuente (si decide contarnoslo) lo que realmente sucedió en Teherán y en Yalta, y si las políticas allí adoptadas fueron aprobadas por él mismo, o si le fueron impuestas por Roosevelt. Pero, en cualquier caso, el tono de este y del volumen precedente sugiere que, cuando llegue el momento, nos contará más de la verdad de lo que se ha revelado hasta ahora.

Ya fuera o no 1940 la mejor hora de alguien más, ciertamente lo fue para Churchill. Por mucho que uno pueda estar en desacuerdo con él, por mucho que uno pueda estar feliz de que él y su partido perdieran las elecciones de 1945, hay que admirar en él no sólo su coraje, sino también cierta grandeza y cordialidad que se manifiesta incluso en memorias formales de este tipo, mucho

menos personales que un libro como *My Early Life*. El pueblo británico generalmente ha rechazado sus políticas, pero siempre lo han apreciado, como se puede ver por el tono de las historias sobre él que se han contado a lo largo de la mayor parte de su vida. A menudo, sin duda, estas historias eran apócrifas, y a veces también eran inpublicables, pero el hecho de que circularan es significativo. En el momento de la evacuación de Dunkerque, por ejemplo, cuando Churchill pronunció su combativo discurso tan citado, se rumoraba que lo que en realidad había dicho, al grabar el discurso para su transmisión, fue: «Lucharemos en las playas, lucharemos en las calles... Lanzaremos botellas a esos *bullshit*, es casi todo lo que nos queda»; pero, por supuesto, el censor a cargo del interruptor de la BBC presionó su pulgar en la tecla en el momento adecuado. Se puede suponer que esta historia no es verdadera, pero en aquel momento se sentía que debería serlo. Fue un tributo apropiado de la gente común al viejo hombre duro y humorístico a quien no aceptarían como líder en tiempos de paz, pero que en el momento de la desgracia sentían como representante de ellos mismos.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 579 Gilbert Keith Chesterton, *El hombre que fue Jueves. Una pesadilla*
- 578 Rajani Palme Dutt, *Los cambios de rumbo del comunismo británico en los años treinta*
- 577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
- 576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
- 575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
- 574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
- 573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
- 572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
- 571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
- 570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe. Seguido de El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*

- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de México*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y México*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*

- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Gallegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*

- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdevises du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trego, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*

- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana...* de Montesquieu
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California* (1774-1799)
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra* (1893-1895)
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guamán Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano* (1936-1939)
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia"* (1931-1936)
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña* (1640-1648)
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*

- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*

- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Nafragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)

- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 Concilio III de Toledo
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*

- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix* (*Historia de las Indias y conquista de México*)
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*

- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*

- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*

- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*